

# VERBUM

REVISTA DEL CENTRO DE ESTUDIANTES  
DE FILOSOFÍA Y LETRAS

DIRECTOR  
JUAN PROBST

ADMINISTRADOR  
GRESTES CONFALONIERI

REDACTORES  
Celina Balán—Jorge M. Rohde



## Nuestros propósitos

Tres son los objetivos que nos proponemos perseguir al asumir la dirección de VERBUM:

- 1) Velar por el prestigio de nuestra Facultad hacia afuera.
- 2) Atacar los males que la aquejan por adentro.
- 3) Abrir a los estudiantes una amplia tribuna para sus estrenos literarios y prestarles toda la utilidad posible.

Para conseguir el primer objetivo aspiramos a que sea la revista un digno exponente de la labor intelectual que se realiza en nuestra casa, tanto de parte de los profesores como de los alumnos. En consecuencia publicaremos trabajos originales sobre temas que tengan relación con nuestros estudios, ya sean sus autores catedráticos o estudiantes. Publicaremos también las mejores monografías presentadas por los alumnos regulares en cumplimiento de las ordenanzas respectivas cuya selección pediremos a los profesores titulares. Así se podrá desvanecer de manera irrefutable la mala fama que parecen gozar entre los extraños a la casa esta clase de trabajos obligatorios que representan, sin embargo, el principal esfuerzo que realizan los estudiantes durante el año.

Contribuiremos en lo posible a cambiar el ambiente indiferente sino hostil que rodea nuestra Facultad, demostrando la importancia primordial de los estudios que se realizan en

ella. A los pobres de espíritu, que aquilatan también los valores intelectuales por la utilidad directa que reportan, hay que hacerles entender que tanto o más necesario que el mercader, el abogado o el ingeniero es el *filósofo* que debe indicar al país su orientación ideológica y guiarlo hacia una concepción más alta de la vida humana, el *literato* que mantendrá vivo el ideal de belleza y dignificará el rudo bregar por el pan de cada día con el desinteresado placer estético, el *historiador* que, basándose en la investigación y reconstrucción del pasado, explicará el presente y predecirá el porvenir. ¿Qué ha quedado de las tan adelantadas civilizaciones asirio-babilónica, egipcia, fenicia, incaica? Ruinas imponentes, pero mudas para nosotros. En cambio, la cultura greco-romana es la base de nuestras sociedades y, rejuveneciéndose siempre, florecerá eternamente. Son sus filósofos, sus literatos, sus artistas los que la han inmortalizado. Esto debe ser nuestra contestación a los beocios, cada vez que surja la pregunta del por qué de esta Facultad. Queremos no una *Carthago*, queremos una *Atenas*.

El segundo punto de nuestro programa se enlaza íntimamente con el primero, pues por medio de aquél se hará posible éste. Si queremos pretender con títulos intachables la dirección espiritual del país, debemos, ante todo, sanear el ambiente de nuestra casa para hacerla digna de la alta misión que debe desempeñar. Y hay que empezar por nosotros mismos. Al lado de pocos estudiantes que trabajan seriamente, hay muchos, demasiados, que no lo hacen. La mejor prueba es el insignificante número de doctores en Filosofía y Letras. Cuantitativamente aumenta año por año la concurrencia a las aulas, pero cualitativamente, ¿no descenderá? Las condiciones de ingreso deben hacerse más severas aún para permitir una mayor selección ya al principio. Y cursos intensivos de seminario en todas las asignaturas continuarán la eliminación de los elementos no deseables. Tenemos que cuidar el carácter universitario de nuestra Facultad y evitar que se convierta en una escuela normal con algunas pretensiones superiores.

Para los alumnos de nuestra Facultad la aspiración al profesorado puede ser un estímulo, pero no debe ser jamás un

fin exclusivo. Eso sería rebajar el nivel de nuestros estudios a una expresión ínfima e intolerable.

Los profesores, luego, no son todos lo que deberían ser. Hay deficientes en su capacidad intelectual y deficientes moralmente y hay, sobre todo, muchos negligentes en el desempeño de sus cátedras. Hemos de puntualizar serenamente y con altura estos defectos que se destacan aún **más** por el conjunto excelente. Quedan además muchos intelectuales afuera que deberían estar adentro de la casa y esperamos que la nueva ley universitaria traiga un cambio saludable a este respecto que buscaremos coadyuvar con nuestra propaganda.

Quedan por último, los planes de estudios que reclaman a gritos una reforma radical, obra que debe emprender sin tardanza el nuevo decano y consejo y aportaremos también nuestro grano de arena a la buena obra, continuando la iniciativa de uno de nuestros antecesores.

Y llegamos al tercer punto de nuestro programa. Estando cerrado para la mayoría de los estudiantes las puertas de las redacciones, es por medio de la Revista del Centro que debe brindárseles la ocasión de echar las bases de su crédito intelectual. Y no es solamente una franquicia que se les acuerda, sino es un deber que se les impone de contribuir en la medida de sus fuerzas a la obra de la revista, sacudiendo la pereza y la indolencia tan frecuentes y tan perjudiciales. Hacemos pues un llamamiento insistente a nuestros compañeros a colaborar en VERBUM, para cumplir así, aunque no sea más que con un deber de solidaridad. Mayor número de colaboraciones, permite mayor selección; ganará la revista y ganarán todos.

Así VERBUM será también útil y no surgirá más la pregunta del «por qué» que se escucha de vez en cuando en las comisiones directivas. Para utilidad más inmediata publicaremos también apuntes de interés general en la medida adecuada y resúmenes de obras dignas de ser conocidas entre nosotros.

Esa es la orientación que pensamos dar a VERBUM. Mucho quedará, quizás, solamente esbozado, mucho no se realizará sino en parte o quedará para más adelante. Empero, no será seguramente por falta de buena voluntad de nuestra parte.

Conforme a la división de nuestros estudios tendrá VERBUM una sección *Filosofía* para la cual nos ha prometido su amplio concurso nuestro compañero señor Jacinto J. Cúccaro, una sección *Letras* a cargo del redactor señor Jorge M. Rohde, y una sección *Historia* a la cual se dedicará con preferencia el director. Una cuarta sección *Notas y Comentarios* será dirigida por la redactora señorita Celia Balán y de la sección *Oficial* se encargará el administrador señor Oreste Confalonieri.

JUAN PROBST  
Director

ORESTES CONFALONIERI  
Administrador

CELINA BALÁN.—JORGE M. ROHDE  
Redactores

Ahora pido a mis compañeros de estudios que me permitan todavía un pequeño desahogo personal.

Mi condición de extranjero habrá, quizás, provocado algunos recelos sobre la oportunidad de mi designación, sobre todo en estos momentos cuando la causa de la juventud argentina está en marcha irresistible y cuando es más necesario que nunca que los corazones de todos los que ocupan cargos en las asociaciones estudiantiles latan al unísono con los de sus compañeros cuyas aspiraciones deben encarnar. Pues bien, creo haber demostrado en el breve lapso de tiempo durante el cual he actuado entre vosotros que me he identificado plenamente con vuestros ideales y me enorgullezco de sentirme, sin desmedro de mi ardiente amor hacia mi patria, entre vosotros tan argentino de corazón como el que más. Y si no fuera así, jamás hubiera aceptado este cargo. Es para mí un compromiso de honor de demostraros, en cuanto puedo, mi argentinidad espiritual y retribuir así, en la medida posible, la deuda de gratitud que he contraído con vosotros por la acogida fraternal que me habéis dispensado en vuestro hogar. Retenido por una circunstancia desgraciada en este país, me ha sido dado, como pocos de fuera, contemplar y comprender el alma argentina en sus más nobles e íntimas manifestaciones. Y así podré contar, cuando llegue otra vez al suelo patrio, que la Argentina no produce solamente trigo.

lana y carne congelada, sino que allí se está forjando también el alma de un pueblo llamado a grandes destinos en todas las ramas de la cultura humana y que el forjador es la juventud universitaria, plétórica de bellos anhelos y altos ideales. Y será mi mayor satisfacción, si pudiera así contribuir al mutuo mejor conocimiento de dos países que me son queridos, y que hasta ahora saben uno del otro poco más que estadísticas comerciales. Y esto no basta; pues inmensamente más que el intercambio comercial acerca a los países el intercambio intelectual.

Y aunque quedaré siempre un poco «bárbaro» entre vosotros — hic ego barbarus sum — espero, sin embargo que me comprenderéis y que no reza para mí la segunda parte de la queja de Ovidio — quia non intellegor ulli.

Ojalá obtenga la comprobación ya con este primer número de VERBUM que aparece bajo mi dirección. Lo he dedicado al «Día de la Raza» en la convicción que nada puede contribuir con más fuerza a la definición de la nacionalidad argentina que la afirmación de su pertenencia al círculo de cultura hispánico y el estrechamiento de los vínculos que la unen con la madre patria España y sus hermanas hispano-americanas.

En bien de la humanidad, cuyo progreso requiere la heterogeneidad definida y coherente de sus componentes, el mundo hispano-americano es un hecho y como digno contendiente lucha junto a los otros círculos culturales, en noble emulación, por la realización de una mejor humanidad.

JUAN PROBST.

## España

Cuanto de grande el corazón encierra;  
Decoro, fe, justicia e hidalguía,  
Florece en tu verjel con lozanía,  
Viril España, do mi amor se entierra.

Es la nobleza espejo de tu tierra:  
¿Quién del Cid no gustó la valentía,  
El acendrado honor en la porfía,  
La voz del ideal en paz o en guerra?

Si el sol se pone en tu dominio ingente,  
Y los mares al quebrantar su saña  
No encuentran sólo la hispanense roca—,

En la raza no impera ese poniente:  
¡Harto lo dice que ilumina España  
El romance que suena en nuestra boca!

JORGE M. ROHDE.

## El día de la raza y su significado en Hispano - América

---

La celebración del 12 de octubre, aniversario del descubrimiento de América, engrandeciendo su recuerdo a públicos pregones, ha sido ya consagrada oficialmente — haciendo larga y benigna oferta — como el «día de la raza», significando así, al dar señal cierta de lo que será después, el enaltecimiento de la raza hispana, que realizó con advertencia y fortaleza aquel descubrimiento y la posterior maravillosa conquista de la inmensa región que ha servido de cuna, cual si para ello trabajaran las estrellas, a las actuales naciones hispano-americanas. Desde el grado 35 de latitud norte hasta el 54 de latitud sud, la madre patria formó en este continente, plasmándola, una sociedad colonial interesantísima, sometida — reconociendo la veneración de las leyes — a unidad de régimen político, de creencias religiosas, de mentalidad cultural, de sistema económico, malgrado la diversidad del factor geográfico y las no menos importantes diferencias del factor étnico. Porque en llanos y altiplanos, en clima tórrido y templado, en costas inmensas y enormes territorios mediterráneos, la sociedad colonial se desarrolló libre y sin embozo sobre la base de la asimilación de la población indígena, civilizada en algunas partes, salvaje en otras; sedentaria e industrial en muchos lugares, nómada y primitiva en todos los demás; asequible a la colonización a las veces, indomablemente resistente a la misma, en otras; todavía, para enredar más el complicado problema sociológico con trabacuentas misteriosas, se ingerta en el árbol social, formado por esa conjunción de los factores étnicos blanco y cobrizo, la púa del negro, importado de África como esclavatura; y esos tres factores raciales, sin-

tiéndose remozados por sus recíprocos ingertos, a su vez se cruzan entre sí, formando los mestizos de blanco e indio, los mulatos de blanco y negro, los zambos de negro e indio, y las subcruzas consiguientes: castizos, moriscos, albinos, torna-atrás, lobo, sambayo, cambujo, alvarazado, barcino, coyote, chamiso, y la pintoresca «ahí-te-estás»... Al mundo colonial hispano-americano tal novedad le enseñó un desencanto: mudóse en contraria naturaleza, convirtiéndose en un mosaico singularísimo de mezcla de razas, con atavismos culturales diferentes, que se desenvuelven en ambientes distintos, pero fundiendo — cual si batiere la antagónica substancia con algún gigantesco molinillo — ese bastardo hibridismo racial y social en el crisol de la triple unidad de Dios, rey y ley. Durante tres siglos esa sociedad colonial, haciendo gran plaza de lo que puede, se despliega lentamente, crece y se fortifica, se arraiga al suelo, pujando y extendiéndose hasta apoderarse del todo; toma caracteres propios definidos, cobrando fuerzas en sí misma y, cuando llega el momento decisivo de la crisis histórica del fin del régimen colonial y creación de las naciones independientes, halla salida al cerrado laberinto y, rompiendo los grillos de su acostumbrado recogimiento, del vientre de la madre común nace a la luz del mundo una veintena de repúblicas, como si cayera el fruto del árbol maduro con sazón: de aquella madre augusta sacan su grandeza y soberanía real, y llevan ya un largo siglo de vida propia, durante el cual cada una, puede decirse, ha hecho muestra y reseña de rasgos individuales que la distan infinitamente de las demás. Pero, malgrado la innegable diferencia que hay de una a otra, subsiste el sedimento de la raza común hispana, tronco de todas ellas, las cuales hablan el mismo idioma y profesan todavía las mismas creencias.

Con todo, el siglo transcurrido de vida independiente ha introducido — metiendo en el caso todas las prendas posibles — modalidades especiales en cada nación hispano-americana, creando intereses propios y haciéndolos firmes y estables, inclinando la mentalidad de cada una a influencias diferentes que apretó y estrujó para que diesen jugo; orientando derechamente, por último, su cultura de diverso modo. Es cosa averiguada que todo hispano-americano se apasiona por lo francés, a lo cual se diría que ha prestado juramento y ho-



menaje de fidelidad, produciendo por testigo a Dios; pero en el grupo de repúblicas que rodean el mar Caribe, al que coronan como con escudo, y las cuales se encuentran dentro de su radio de influencia — del Ecuador arriba — por los ojos se ve visibilísima la natural atracción de la gran república anglo-americana: y sus procedimientos comerciales, sus métodos educacionales, sus mismos hábitos sociales, comienzan a servir de molde para remozar — como hace el águila, dejando el pelo viejo — a su imagen la vida de aquellas repúblicas; mientras tanto, en el otro grupo — del Perú al sud — se descubre, tendiendo la mira más adelante, otro género de tendencias, más en contacto con las europeas y que, en las naciones del viejo mundo, sobre todo en la simpática Francia, buscan — voceándolo con ansia tan grande — su ideal educacional, social, comercial. Las series de millones de habitantes de las repúblicas hispano-americanas son — y, por mucho tiempo aun, continuarán siéndolo — productores exclusivos de materias primas, sea de la minería o de la agricultura y ganadería: vale decir, son consumidores de los productos fabriles que constituyen la industria de las naciones europeas y de las anglo-americanas, y sobre la cual arman éstas la casa y cimentan las paredes, de modo que representan, para ellas, el más grandioso y proficuo mercado internacional existente en el mundo. De ahí que todas las naciones cultas hayan tratado de atraerse ese mercado, conciliándose amigos y opinión, englosinándolos con promesas, y bramando por conquistar tal clientela para el comercio e industria propias. Inglaterra fué la que más hábilmente barruntó, sintiendo lo que estaba por venir, su importancia desde los tiempos coloniales y regularizó su contrabando — el de los históricos filibusteros y bucaneros del siglo XVII — a partir del tratado de Utrecht que, a comienzos del siglo XVIII, le confiere el privilegio del «asiento», es decir, le dió la investidura de nación negrera oficial, con el monopolio de la provisión de esclavos africanos en el mundo colonial hispano-americano: eso le permitió establecer con auténticos cánones factorías en todos los lugares importantes y, a su sombra, organizar firme y maizadamente el comercio, convirtiéndose en compradora de lo que las regiones del nuevo mundo producían y en

vendedora de lo que requerían. Después que se descartó de sus apetitos negreros y renunció a su proficuo e histórico papel de proveedora de esclavos — dándose cantonada a sí misma, y convirtiéndose más tarde, por una curiosa ironía, en la nación que más grandes alaridos y voces dió contra la esclavitud, poniendo los gritos en el cielo — Inglaterra hizo de tal suerte universal señora del comercio de estas regiones americanas que, al formarse las naciones independientes, continuó muy naturalmente ejerciendo ese monopolio y juzgándose por dueña de él, lo que ha durado durante el siglo XIX con provecho legítimo para los industriales y comerciantes británicos, que de ello supieron sacar preciosos intereses induciendo y atosigando a sus financistas y empresarios para dedicar sus capitales y esfuerzos a fecundar la vida de estos países nuevos con empréstitos, ferrocarriles y otras obras públicas, con lo cual han fertilizado y hermosado las tierras del nuevo mundo.

España, como era lógico, malgrado su posición privilegiada de creadora de estas sociedades hispano-americanas y de tener con ellas comunidad de lengua, hábitos, tradiciones y mentalidad, vióse momentáneamente cortada por las raíces al perder toda influencia apreciable a partir de las guerras de la independencia, pues de la exacerbación de la lucha tomó principio un ambiente deletéreo de anti-españolismo exagerado, en el cual muy explicablemente vivieron los hombres de la epopeya revolucionaria y la inmediata generación siguiente, educada en tales sentimientos. Por eso, hasta muy entrada la segunda mitad del siglo anterior, los hombres representativos de las repúblicas hispano-americanas eran decididamente anti-españoles y todo lo veían al través de esa lente de hostilidad preconcebida a todo lo ibérico, que llegaron hasta considerar como el oprobio de estos países: bastará recordar el típico caso de nuestro Alberdi, en cuyos escritos tiene el autor siempre fijos los ojos de propósito en ese preconcepto. No es de extrañar, entonces, que la corriente inmigratoria española que poco a poco ha tomado la rota de estos países de origen común, resuelta a poner la proa en la virtud, tropezara con ese prejuicio, que le hizo ir dando tumbos, teniéndose por contenta con defenderse con el ejemplo de un te-

nacísimo trabajar silenciosamente para lograr su bienestar económico, lográndolo con brillo en México y Argentina, pero sin picar más alto ni pretender modificar aquella orientación de la mentalidad americana: se contentó discretamente con poner la mira y esperanza del premio en el sol de la justicia. Y no se equivocó, pues no era posible que tal preconcepto reinara por una eternidad: el último tercio del pasado siglo muestra ya visiblemente la tendencia de los publicistas hispano-americanos a cambiar tal criterio y hubo señaladas mudanzas en todo, principalmente en apreciar los acontecimientos de la vida colonial y el papel histórico de España con mayor ecuanimidad, colocándose en un punto de vista objetivo. La reacción ha sido natural y pasó las cosas de un extremo a otro: hoy, solo algún escritor trasnochado o de información muy deficiente resucita el anti-españolismo de sus abuelos y reedita las catilinarias del mexicano García; todos se han despojado de ese pellejo antiguo, restituyendo la imparcial verdad a su antiguo esplendor, y de ahí que todo hombre culto estudie el presente y el pasado con absoluta justicia para la madre patria, cuyos hechos heroicos se admiran, haciendo maravillas en el cielo y en la tierra; cuyos sacrificios se aprecian, pasmándose de su gran poder; cuyas sobresalientes cualidades se valoran debidamente, dejando el ánimo suspenso y atónito, hasta tal punto que si alguien deseara y pretendiera para sí la honra y alabanza de iniciar hoy «rumbos nuevos», proclamando ingenuamente tal objetivismo simpático como si fuera de su propia invención, provocaría en el acto la sonrisa de los entendidos al verle así querer abrir puertas tiempo hace abiertas ya de par en par... Porque precisamente esa nueva orientación de la mentalidad hispano-americana, al casar la templanza con el celo, ha hecho que no solamente se juzgue mejor el pasado común, teniendo firmes las balanzas de la justicia, sino que se aprieten más los estrechos lazos invisibles que el transitorio desgarramiento del siglo anterior no logró romper del todo, y que representan las ligaduras comunes del atavismo racial, de la unidad de lengua, del sedimento de la mentalidad, de las costumbres, de las creencias, de los criterios: de ahí la reciente tendencia que se esfuerza con impaciencia, trabajando impetuosa-

mente, en propiciar el acercamiento de la antigua madre patria y de sus hijas independientes, con un paniberismo que, propiamente, es un verdadero y legítimo panhispanoamericanismo.

Este movimiento ideológico aun no ha tomado una orientación práctica y positiva: únicamente a la simpatía recíproca la subió en brazos a la cumbre. Aquende y allende los mares se le alienta con argumentos puramente ideales: raza, lengua, religión, tradición, costumbres; con lo cual se renuevan todas las fuerzas del alma, se fortalece la esperanza y se abre el entendimiento. Y si bien a nadie se oculta que esos *imponderabilia* suelen, a las veces, haciendo maravillosa transmutación, convertirse en factores positivistas y de resultados archiprácticos, el hecho es que tal cosa aun no se ha realizado en la nueva tendencia. Así, los intereses comerciales y financieros no han experimentado todavía influencia alguna en tal sentido, y, engarzando un eslabón con otro mayor, continúan en las manos de naciones con las cuales no nos liga vínculo alguno de los antes enumerados.

Precisamente ese monopolio comercial y económico ejercido por Inglaterra — que tuvo a su cargo tal poderío y autoridad por su mucha práctica en aquel negocio — en el mundo hispano-americano, y traducido por cifras estadísticas formidables, tenía que despertar la emulación de las demás naciones, ya que la luz abre los ojos a otro. Las estadísticas demuestran elocuentemente la marcha de ese fenómeno: así, durante los dos primeros tercios del siglo anterior, se ve esforzarse al comercio de Francia por rivalizar con el de Inglaterra, buscando la miel entre las picadas de las abejas, apoyándose en la natural simpatía que inclinaban las corrientes intelectuales hispano-americanas hacia todo lo francés; más tarde, en el último tercio del siglo, la nueva Alemania — a raíz de su unificación — comienza a tenérselas tiesas con la Gran Bretaña, y se entabla una interesantísima y reñida lucha económica entre ingleses y alemanes por el dominio de los mercados del nuevo mundo, en lo cual muy explícitamente la justicia y la paz no podían darse ósculos amorosos. Inglaterra tenía la ventaja de poseerlos desde hacia casi dos siglos, pero Alemania, en la competencia sobre quién ganará,

acometió con un procedimiento de una sencillez abrumadora: estudió estos mercados y les ofreció los artículos que necesitaban, fabricándolos de mejor calidad y vendiéndoselos a menos precio y a más largos plazos. La lucha ha sido extraordinariamente reñida: Inglaterra consideró que era desleal tal procedimiento, que trastornaba las usuales prácticas comerciales, pero poco a poco Alemania ha ido venciendo y desalojando al comercio inglés del mercado hispano-americano, como a las claras lo demuestran las estadísticas. Inglaterra ha ido de vencida y por el suelo todos sus ídolos: volvió con el denuedo de leones enrostrando al comercio alemán el confabularse con los fabricantes, los transportadores terrestres y marítimos, los banqueros y aun el mismo gobierno imperial, para aunar arteramente sus esfuerzos y arremeter contra el pundonoroso negociante británico, que lucha gallarda e individualmente por sus cabales y resiente, como deslealtad indisculpable, esa conjunción de tantos elementos en su contra. El comprador hispano-americano, mientras tanto, ajeno a esos reproches, siguió comprando a quien le ofrecía lo que necesitaba, dándole de mejor calidad, a menos precio y a más largo plazo... Era esto muy explicable y muy humano: como el comercio alemán — sea por aquella combinación cooperativa o por otras causas — desbarató lentamente e hizo huír a la chita callando al negociante inglés, salió finalmente con victoria y conquistó por último el mercado. Y eso mismo sucedió en otros países del mundo, donde con desesperación se hicieron unos postreros de primeros, exacerbando la rivalidad económica de Inglaterra y Alemania, hasta el punto de que es esa — en el fondo, descartando la hojarasca de los pretextos mediatos e inmediatos — la causa verdadera que origina la actual conflagración mundial: Inglaterra necesita enflaquecer las fuerzas de Alemania y abatirla y abajarla política y económicamente, para impedir su competencia triunfante en el mercado universal y el desalojo del comercio inglés de las diversas regiones del globo donde antes dominaba, hasta dejar el lugar en manos de los vencedores. La irreductible rivalidad económica de los dos países que sirven de núcleo, haciéndoles blando y suave el lecho de su dolor, a las dos coaliciones que vienen horrorizando al mundo con la guerra

actual — tanto que se despeluzan los cabellos, según son los combates de terribles y espantosos — es lo que dificulta tanto toda solución pacífica que se la tiene como por negocio imposible: en el fondo, se trata del dominio del mercado consumidor mundial, especialmente el latino-americano, y de la clientela de la serie de millones de consumidores de estas repúblicas. Lo curioso es — y a veces la ironía suele ser, en materias semejantes, verdaderamente estupenda — que mientras los dos rivales están así destrozándose y destrozando a media humanidad hasta no admitir soldaduras, la codiciada presa parece querer escaparse de sus manos, dejando burlados a los adversarios, porque el tío Sam — los Estados Unidos: nuestros «hermanos mayores», etc., etc. — trata de apoderarse de estos mercados, prendiendo las haciendas ajenas con redes, como comienzan a demostrarlo las estadísticas con manifiesta evidencia. Si continúa la actual conflagración y se le endurecen a la misma las entrañas como un canto, lo lógico será que, a su terminación, el comercio yanqui haya por doquier suplantado al inglés en la América latina, armándole una explicable zancadilla y clavándolo así: la guerra habría, pues, servido para que aprovechara de ella un tercero y se lleve otro el fruto de sus trabajos, pues los dos «illustri rivalli» — germanos y sajones: singulares primos! — quedarían esquilados y... sin el disputado botín.

El mundo hispano-americano viene así a hacer involuntariamente con perfección el papel de una presa que todos se disputan, armando querrela unos con otros, y de la que todos pretenden disponer sin consultar al propio interesado y como si estuviera a su entero albedrío: ya se dice que el predominio económico yanqui tendrá que reforzarse con la tutela internacional, añadiendo así actos al mal hábito, y convirtiendo a este continente en «esfera de influencia» supeditada a la dirección de la Casa Blanca. De ser así, los Estados Unidos consolidarían, macizándolo, ese predominio comercial actual con una serie de regalías y de ventajas que tratados internacionales en ciernes podrían asegurarles sin recelo y que, por un siglo quizá, convertiría a Hispano América — sacándola de libre para esclava — en el *hinterland* estadounidense. Se pretende con buena y limpia intención que la entrada de los

Estados Unidos en la alianza actual, destinada a cambiar el curso de los sucesos, traerá aparejada, cual rama ingerida en un tronco — entre otras cosas — aquella exclusividad como gaje de victoria: a lo que ha debido asentir Inglaterra, rendida a conformidad y unión posiblemente a regañadientes y con cierta retención mental... Si la alianza perdiera, dando con las esperanzas en el suelo, y los imperios centrales ganaran a costa de su paciencia, se iría al pozo ese gozo; de lo contrario, parece que las repúblicas americanas están destinadas a ser, sin comerlo ni beberlo, «el pato de la boda»: extraña siempre sería la estrella suya!

Ese posible peligro ha hecho reerudecer el sentimiento de panhispanoamericanismo, condensado en «el día de la raza»: de uno y otro lado del océano ha crecido en españoles y americanos un amor tan grande, que aquella tendencia de principios pobres sube a la cumbre de la majestad. Evidentemente, malgrado la situación favorable en que hoy se halla España, no podría pensarse jamás que la madre patria pueda evitar — cortando de un golpe la raíz de los vicios — la tutela yanqui en América en caso de triunfo aliadófilo; pero, como dejarse apocar es vileza, por lo menos podrá atenuarla, sobre todo si se estrechan los vínculos que nos unen a la antigua metrópoli, ya que estamos sitiados de males; y si aquella, utilizando las riquezas que ha logrado acumular, encamina sus fines y conveniencias a emplear recursos y energías en convertirse—haciendo metamorfosis—en proveedora de lo que necesitamos. Imite los procedimientos germánicos anteriores a la guerra actual y mírese como en espejos en lo que entonces aquellos habilísimos comerciantes hicieron: inquiera — registrando con su celo los senos de la oculta senda — qué artículos consumen los países hispano-americanos, fabríquelos de la mejor y más conveniente calidad, ofrézcalos a menos precio que lo que puedan hacerlo los yanquis y a más largos plazos, lo que no le será difícil pues aquellos exigen ahora — como si no les bastara ni la mar, ni el aire, ni la tierra — el contado «rabioso», al cual hay que someterse... porque «la necesidad tiene cara de hereje». Preocúpese España — sin apartársele de la mente esa imagen — de los intereses materiales de estos países; de algún descanso a la zarandeada lírica comunidad

de ideas, etc.; baje, cual si se descolgara de sus cumbres, de las nubes ideológicas en que — como lo demuestra la conocida Unión Ibero Americana — hasta ahora ha gustado cernirse, criando en ellas un huerto de deleites para alcanzar suyo y embriagándose con la melodía de su palabra sonora: médase con las otras naciones en el terreno práctico del comercio, y tome posesión de estos mercados. Tiene para ello andada la mitad del camino con aquella comunidad de lengua, raza y tradición, por lo cual en un tranco alcanza más resultados que otros en tres o cuatro; pero esto no basta, siendo menester que tales *imponderabilia* se transfiguren en los prosaicos factores de la industria y del comercio, aun cuando para ello tengan que vestirse la figura de otro. La América española toda entera irá con gran priesa y diligencia a su encuentro en esa vía: transmútese España en el gran emporio americano y dedique resueltamente su industria y su comercio a fecundar — hasta que falte a sus progresos orbe — estas regiones, otrora suyas políticamente y que puede volver a conquistar pacífica y económicamente, con verdadero contento y satisfacción de unos y otros, futuros conquistadores y eventuales conquistados.

Es evidente también que los países hispano-americanos no se guiarán, por más que le lleven por compañero, exclusivamente por el argumento ideológico, y no se rendirán a la co-dicia ni se someterán a recibir artículos malos, o más caros o a más cortos plazos, simplemente porque provengan de la madre patria. No: si así fuera, redundaría de ello grandísimo daño para la confraternidad de raza, porque en el terreno de los intereses aquellos *imponderabilia* son tan solo concomitantes; pero hacen autorizada figura y representan, sin embargo, una gran fuerza que no debe desperdiciarse sin cuenta y sin medida. Además, no solo esa comunidad atávica acerca ahora más y más a lo vivo a España e Hispano América, sino que, para esta última, su porvenir mismo como entidad independiente y de personalidad propia, la inclina con gran voluntad del lado de aquélla: nada tienen estos países que temer al acostarse a la parte de España, la cual jamás podría pretender hegemonía política en el nuevo mundo, aspirando al mando que no pudo conseguir antes; mientras



que la tutela político-económica de los Estados Unidos será, para estos países, una *capitis diminutio* muy seria.

En la presente terrible conflagración mundial — el espectáculo más colosamente espantoso que los siglos hayan jamás presenciado, pues es como henchir el cielo y la tierra — la República Argentina ha logrado sacar a luz la verdad de una sabia política de neutralidad y prescindencia, que le permite tener las manos libres en el porvenir. La feliz coincidencia de análoga política por parte de Chile, hace que medio continente sudamericano venga así a hacer causa común, juntando estrecha y amigablemente a ambos países, como las recientes panateneas del último mes, en que Buenos Aires ha estado constantemente «endiezyochado» — para usar el típico eriolismo de ultracordillera — lo han demostrado grandiosamente, pues en estas festividades chilenos y argentinos fuimos en todo una misma cosa y nos confederamos ciñéndonos con los brazos, sin que fuera menester firmar capitulaciones, pues nos unimos y coaligamos de corazón fiel y sinceramente. Son éstas las dos naciones hispanoamericanas más poderosas por sus recursos: mantengan sin titubear — y sin reparar en trabajos y costos — esa política común, y traten de afrontar unidos los problemas que la terminación de la guerra, próxima o lejana, ha de provocar; el destino del mundo hispanoamericano está en jaque, y, por lo menos, aquellas dos naciones pueden unir sus esfuerzos, siendo una dos entre sí, para salvar al continente de cualquier hegemonía política o económica, y asegurar la libertad de relaciones por igual con todos, único medio de alcanzar la gloria y la inmortalidad. Para eso será de extraordinaria importancia el panhispanoamericanismo, si logra que España aproveche el momento histórico y se convierta en la proveedora económica de este continente: vería así el cielo abierto y llevaría a buen puerto su ambiciosa pretensión. La institución del «día de la raza» tiene, pues, un significado especialísimo en estos momentos, que parece que haciéndonos del ojo está: no solo servirá grandemente solcito y cuidadoso para estrechar esos vínculos históricos a que antes me refería, sino también, enderezando los pasos al fin, a encaminar en un sentido práctico y en el terreno comercial la acción de España en el mundo hispanoamericano;

de lo contrario, si se mantiene en el terreno de la ideología pura, será solo una de tantas doctrinas tan escabrosas para lo que hoy se usa en el mundo...

Es indudable que si la madre patria nos brinda — ofreciéndonos la nata, la flor y lo mejor que tuviera — los artículos que necesitamos, a menos precio y a más largos plazos que las otras naciones — cualesquiera que sean: aliadófilas o germanófilas — los países hispano-americanos han de preferir dar a la madre patria la preeminencia y comprar a los comerciantes españoles; y han de hacerlo con doble gusto, sin duda, en razón de aquellos vínculos históricos que jamás podrán olvidarse. Esa «entente» económica es previa y, a la vez, imprescindible; mas tarde podría parecer a cara descubierta, delante de todo el mundo, otra «entente» política, si acaso la situación internacional lo exigiera sin pedir gollierías ni ave fenix empanada, porque este mundo hispanoamericano tiene derecho a que se le desembarace su porvenir y se le libre de obstáculos. Lástima grande es que España haya colgado las armas del templo y cesado de ser potencia de primer orden, despojándose de su gloria secular y desnudándose de su haber; pero no puede eternamente estar retirada a llorar duelos, máxime cuando la guerra mundial actual va a dejar tan enervadas y flacas a todas las llamadas grandes potencias que, puede decirse, España será entonces una de las primeras de Europa; en cambio, en el escenario mundial desgraciadamente habrá que contar — y sin que para ello sea menester ser gran computista y calculador — con otro factor importante: el Japón, que será la única gran potencia del mundo que saldrá a vistas intacta de esta conflagración, con su poder íntegro naval y militar, industrial y comercial, y con riquezas fabulosas, puesto todo ello al servicio de un empuje extraordinario y de condiciones raciales más extraordinarias aun: lo cual está ya entronizando a los nipones hasta el cuerno de la luna, pues parecen querer o ser César o nada, o ser estrella o ceniza. Y casi todo el mundo hispanoamericano ofrécese involuntariamente al peligro de esa acción avasalladora, por encontrarse casi todas sus principales repúblicas sobre el océano Pacífico, que ha tomado hoy otro matiz, otro color y otra forma accidental, al

convertirse *de facto* en un mar japonés, en plena esfera de influencia nipona: de modo que España, al tratar de conquistar y monopolizar los mercados americanos, yéndose así tras las cosas amadas, forzosamente tropezará — hallándola allí a las manos — con la acción japonesa, la cual se hace ya sentir, quieran o no quieran, pues emplea el mismo procedimiento científico germánico para competir: es decir, estudia nuestros mercados, comienza a ofrecernos lo que necesitamos, y busca hacerlo por menor precio que los demás y a más largos plazos. Esa acción está aun en sus comienzos: sale a desafiar la diferencia de raza, mentalidad, costumbres, ideales, etc., todo lo cual beneficia a España; pero tiene a su favor, llevándolo en las palmas de la mano, la decisión enérgica y paciente, y la próspera situación industrial y económica del Japón.

En una palabra: nos encontramos en vísperas de los acontecimientos más sugerentes para Hispano América, y es de desear que no nos hallen tan debilitados y tan flacos que no atinemos con la huella. La terminación de la guerra actual va a iniciar un período de choque de influencias por la conquista de la hegemonía económica y política de este continente que, si bien ha salido ya de pañales, parece que solo parcialmente se le ha amanecido el seso: los Estados Unidos consideran que su «destino manifiesto» los autoriza a reclamar para sí aquel dominio y jurisdicción, haciendo de «our little sister republics» cera y pabulo, como si sobre ellas el mando tuviera y el palo el «big stick» de Roosevelt, empleado ya en Panamá y otras regiones latinoamericanas; Inglaterra y Alemania, que antes entraran en el palenque disputando aquel monopolio económico, quedarán quizá demasiado debilitadas para contrariar esa tendencia, ya que cualquiera de ellas que se alegre con las vivas del triunfo no crecerá fácilmente como espuma, pues correrá peligro de bordar en gusanos la bandera de su victoria; el Japón, sin embargo, apercíbese con tiempo para tan forzado lance y se prepara metódica y silenciosamente, para lo cual nos inunda con gente, nos envía barcos, instala bancos, abre tiendas y bazares, etc., y utiliza la experiencia de los métodos germánicos en su ardiente anhelo por vencer; y es visible que en el imperio del sol naciente los vientos beben, mil ojos hacen y deshacen los hombres por lo-

grar ese propósito; España, reclamando su privilegiada posición histórica por la comunidad de raza, lengua, etc., está en condiciones de competir con éxito con aquellos concurrentes, entrando por entre suntuosos arcos triunfales, coronada de laureles, para celebrar con celestial jubilación y alegría los loores de la victoria sobre tantos competidores. Hispano América, en una palabra, será «la niña bonita» del próximo cuarto de siglo en el escenario internacional: amiga de mirar y de ser vista, no le pesará de ser servida, pero, cuando le llegue el momento de poner los ojos en algún mozuelo galancete (¿el prosaico tío Sam, el gordo John Bull, el recio Michel o el simpático Quijote?), ha de saber mostrarse arisca: y ojalá no otorgue más favor que dar la mano...

Hagamos votos, pues, porque Chile y Argentina mantengan con grande orgullo y bizarría, ambiciosas de honra, el paralelismo actual de sus tendencias: posiblemente si tal hacen podrán blasonar de un servicio incalculable no solo a sus propios destinos sino a los de todo el mundo hispano-americano. Chilenos y argentinos molde son de buenos caballeros, y tienen gracia y conveniente destreza en las acciones: sobre todo, llevan en popa los aires de su fortuna. Pongan entonces en cobro el porvenir de América opulenta y líbrenla de cualquier hegemonía, por disfrazada que se presente, como de cualquier tutela, por protectora que se anuncie: es una misma la formación de todos los países hispano-americanos y las demás naciones deben estar con ellos a la iguala, guardando con todos justicia, pues todos viven debajo de un cielo y a todos alumbra un mismo sol, de modo que a ninguno debe negarse el aire y se deben medir recíprocamente, unos y otros, por una misma vara. Saludemos regocijados, por lo tanto, la institución del «día de la raza» como la del vínculo común que nos ha de permitir poner en salvo el porvenir de la raza hispano-americana, si bien granjeando la seguridad a costa de sacrificios; y no se nos pase jamás de la memoria que la unión hace dulce consonancia y armonía con la fuerza...

ERNESTO QUESADA.

B. A. 12-X-18.

## Romances

---

### I

¡Cuán hermosa en sus abriles  
Resplandecía la reina:  
Pupila de azur de cielo,  
De oro puro las trenzas!  
¡Cuán hermosa la señora  
Ataviada en primavera,  
Con flores en el tocado,  
Con manto de grana y perlas!  
A un paje, noble y altivo,  
Que a su rey apoyo presta,  
La mirada con deseos  
Dulees como miel la reina  
Sin albedrío le manda...  
¡Ve al rubio paje que lleva  
Al monarca pensativo  
Ya por los años sin fuerza,  
Ya por la nieve sin fuego,  
Por la estancia grande y regia!  
¿Por qué el corazón del paje  
Como hoja del árbol tiembla?  
¿Qué contemplaron sus ojos  
Que el ánima desconcierta,  
Que la lengua desfallece  
Y los deseos empeña?  
A un ángulo de la estancia  
Del regio alcázar se llega  
El fantasma de sus sueños,

Que por lo alto se ahuyenta  
Y por lo suave se busca...  
En el trono el rey se sienta:  
A sus consejeros llama,  
Y el negocio manifiesta  
De un grave pleito de estado.  
...A lo lejos se dijera,  
Por un camino de robles,  
Que con alas de Amor vuelan  
Dos sombras en una sola  
Sin apoyarse en la tierra.

Qu'il est doux, qu'il est doux d'écrire des histoires,  
Des histoires du temps passé,  
Quand les branches d'arbre sont noires,  
Quand la neige est épaisse et charge un sol glacé!

*Alfredo de Vigny*

## II

En la torre más secreta  
Del rico, imperial palacio,  
Los amantes se recogen  
A la lumbre del ocaso  
Que en románica vidriera  
Se eterniza por su amparo...  
La rubia Emma de las Galias,  
La princesa, cede el brazo  
Que mueve el amor del noble,  
Juvenil paje Eginardo.  
¡Cuál palpitan los deseos  
En el labio enamorado,  
Cuál se ciñen temblorosas  
En la sombra las dos manos,  
Y cuál se unen las dos almas  
En un mismo fuerte abrazo!  
...Luego llevados al trono  
En donde está Carlomagno,  
—Cerca los pares invictos—  
Emma y el paje Eginardo  
Temen la ruda sentencia:

Su cuita oyó el soberano,  
En su tez toda la corte  
Vió del Amor el reclamo.  
En el pendón de Germania  
Oculto el rostro angustiado  
La princesita de nieve...  
El paje anima el arcano:  
Recuerda el bosque sombrío  
Con un eco regalado  
Que en su espíritu perdura...  
La larga paz de los campos  
Llenos de luz de unos ojos  
Que en los suyos se anegaron,  
Y la torre más secreta  
Del rico, imperial palacio,  
Do gustó la miel sabrosa  
En el clavel de los labios.  
Tembloroso ora contempla  
A su amada, el Eginardo,  
Pura como nieve cándida,  
Dulce como flor de mayo,  
Y en el ceño del monarca,  
Del glorioso Carlomagno  
Ve deshacerse su vida...  
;Cómo el buen rey levantado  
Con su insignia resplandece,  
Con la corona y el manto  
Y la sonrisa en el rostro!  
Decid — ordena al vasallo —  
A mi obispo esclarecido  
Que venga presto a palacio.  
Los caballeros se inclinan;  
El noble paje Eginardo  
Y la princesa de Galia  
Dulce como flor de mayo,  
Se bañan en luz de cielo.  
Una voz suena en lo alto  
Que prorrumpe: obispo mío,  
Unid dos enamorados.

### III

Así la dulce infantina  
 Que de España se partiera,  
 Todo el rigor de su suerte  
 Soltaba en una querella,  
 Sin más testigo que el cielo:  
 — ¡Oh rosa luciente y tierna  
 Que en mis pensiles naciste,  
 Allá en mi nativa tierra  
 Do el Guadalquivir se extiende  
 Entre frondas y entre arenas  
 Aureas por el rico oro  
 Que el sol en su lecho vuelca!  
 ¡Oh rosa de mis amores,  
 Qué rigor te dió la incierta  
 Fortuna de un nuevo suelo?  
 ¡Quién trocó las puras perlas  
 Del rocío por las lágrimas  
 Caudalosas y funestas?  
 ¡Rosa mía que a la sombra  
 De un trono te desalientas...!  
 Quien probó en un solo día  
 De los bienes la miseria  
 Llore con la rosa cándida  
 Lo que fué seno de perlas;  
 Quien se holgara en las Españas  
 Como la flor de la tierra  
 En aurora sin ocaso,  
 Y de los cielos estrella,  
 Conmigo llore la suerte  
 De la efímera existencia  
 Del capullo, que al abrirse  
 Se vió en comarca extranjera.—  
 La infantina que del reino  
 Para Francia se partiera,  
 Llora en la rosa marchita  
 El rigor de la miseria:  
 Que el botón en una tarde  
 De hielo sepulcro fuera...

JORGE M. ROHDE.



## Nuestra lengua

### vínculo espiritual de la raza

---

Tiempo era ya de que todos los que descendemos de la misma gloriosa estirpe y hablamos el mismo idioma, pensáramos en consagrar un día del año a celebrar, en todas las regiones del globo en que se habla la lengua de Castilla, la fiesta de la raza, y este día no podía ser otro que el 12 de octubre, una de las fechas más memorables de nuestra historia; día en que el genio de aquel insigne visionario, Cristóbal Colón, vilipendiado y despedido en todas partes, pero comprendido y alentado por la magnánima Isabel de Castilla y secundado por los heroicos navegantes españoles, «renovó la faz de la tierra», según la hermosa imagen bíblica, descubrió ante los ojos de Europa asombrada un Nuevo Mundo, emporio de maravillas y tesoros de todo género, teatro de nuevas y brillantes civilizaciones, y árbitro un día no lejano de los destinos de la humanidad. Por muchas hipérboles que pueda forjar el entusiasmo, aun resultarían pálidas comparadas con las realidades del descubrimiento, conquista y civilización de América. ¿Qué es la *Iliada* al lado de esta sobrehumana epopeya, que no ha encontrado ni encontrará seguramente un Homero digno de cantarla? ¿Qué significación histórica tienen las conquistas de Alejandro, la gloria de los

imperios asirios y babilónicos y hasta la creación del mundo romano? Así se explica la enfermedad de *hispanofobia* que «apareció en Europa en 1492: sus focos principales (son palabras de la Revista Cultura Hispano Americana) fueron Lisboa, Venecia, Génova, París y Londres; contra la nación que había hecho lo que ninguna supo ni pudo hacer, se desataron todos los odios y a medida que España organizaba expediciones para el Nuevo Mundo, enviaba a éste numerosos y heroicos exploradores, letrados, misioneros, guerreros, artifices, artistas, materiales de construcción, utensilios agrícolas, géneros alimenticios, semillas y diversas clases de ganado para la industria y el comercio, y sabía inventar recursos de todas clases para colonizar las regiones que descubría, muchas de ellas salvajes, entregadas a la antropofagia y a la sodomía, más y más aumentaban en Europa el rencor, la envidia y la enemistad contra ella. Circunstancias políticas, ocurridas en 1557, en la histórica región de Flandes, que había sido incorporada a España desde el casamiento de Felipe el Hermoso con doña Juana de Aragón y Castilla, radicó el centro principal de hispanofobia. Allí se prepararon las más numerosas bandas de corsarios; allí se inventaron las más procaeces calumnias; allí se imprimieron los libros más infames contra España...»

La decadencia política de esta última, precipitada por la misma magnitud de la empresa civilizadora del Nuevo Mundo, las guerras en que se vió envuelta en Europa, entre ellas, la insidiosa y terrible invasión napoleónica, dieron nuevo fomento a tan feroz epidemia que, en la primera mitad del pasado siglo y por causas fáciles de comprender, llegó a ser endémica en los pueblos americanos. En virtud de esa deplorable hispanofobia que aun tiene en nuestros días más o menos solapados fomentadores, vemos a algunos hispanoamericanos que, con harta mengua de sus apellidos hispánicos y de la sangre que corre por sus venas, recuerdan el

— *mixit in patrios cineres* —

de Horacio, y vilipendian a España en el patrio idioma. Es más, yo creo que algunos, en su antiespañolismo, no pudiendo

menos de servirse de nuestra hermosa lengua, se desquitan afeándola de intento con monstruosos barbarismos y galicismos.

Afortunadamente esta atmósfera de odio insano e injustificado se va disipando; España va saliendo de la penumbra en que pretendieron envolverla sus enemigos seculares; resuenan sus merecidas alabanzas en la boca de sus adversarios encarnizados de ayer, como lo demuestran los libros de numerosos escritores norteamericanos y las manifestaciones de brillantes escritores belgas; y sus hijos de Sur América empiezan a abrir los ojos y a hacer justicia a su augusta progenitora. Este gran movimiento de justicia y de glorificación ha hecho nacer en todas partes una corriente de simpatía, de acercamiento y de fraternidad.

Me atrevo a asegurar que uno de los factores que han contribuido a crear y robustecer esta corriente han sido los estudios relativos a la lengua, tan brillantemente iniciados y difundidos por el ilustre Cuervo. Su patriotismo clarividente y su gran cultura lo llevaron a defender a España, en su magna empresa de conquista, población y civilización de América, contra sus torpes calumniadores. En la Introducción a la *Vida* de su padre, dice: «Ninguna de las colonias (hispano-americanas) carecía de un colegio o universidad, dotada de biblioteca que diariamente se enriquecía con obras valiosas, y provista las más de las veces de instrumentos científicos».

Ha llegado la hora de la gran revisión histórica de la obra de España en ambos mundos. Y como ha dicho recientemente una escritora, honra de nuestra raza, doña Blanca de los Ríos de Lampérez, al inaugurarse un monumento al insigne Menéndez y Pelayo, «El día en que nuestra titánica empresa, geográfica, cultural y evangelizadora, aparezca en su asombrosa magnitud, podrá estimar la historia, arrodillada de admiración, la estatura moral de esta España, cuya grandeza harto se revelaba en el empeño que cinco siglos de envidias pusieron en calumniarla y empuqueñecerla».

Hasta parece que la inmensa y horrible tragedia a que asistimos y que está arruinando y casi destruyendo a gran parte de Europa es favorable a este despertar de la conciencia histórica, porque, como hace notar la misma escritora: «ante

el bárbaro empuje de fuerzas que compiten con las de la naturaleza y barren los contornos de las naciones, el espíritu de las nacionalidades se despierta despavorido y heroico y, cuando ceden las fronteras geográficas, se abraza a las fronteras espirituales, y se vuelve a las sagradas fuentes de su ser, a su historia que es el alma y la personalidad de los pueblos».

En estos solemnes momentos cábele a la República Argentina la honra de haberse anticipado a las demás Repúblicas hermanas, en la gloriosa iniciativa de señalar el 12 de octubre como día feriado, destinado a celebrar la *Fiesta de la Raza*. Todos los españoles recordarán siempre con admiración y afecto las nobles, sentidas y espontáneas frases del Excmo. Señor Presidente de la Nación, doctor Hipólito Irigoyen, en homenaje a la Madre España, en el decreto en que instituye la indicada Fiesta.

En todos los pechos españoles despertarán vivísima emoción los considerandos que acompañan al Decreto y en los que vibra la sinceridad sin mezcla de retóricos afeites.

Ninguna ocasión, pues, más oportuna para desarrollar el tema que hoy propongo a vuestra consideración, es decir, *la importancia de nuestra lengua como vínculo espiritual de la raza*.

En efecto, de todos los vínculos que unen entre sí a las sociedades humanas ninguno es más fuerte y duradero que la lengua, que llega a constituir una especie de nacionalidad espiritual, depurada y selecta.

Roma, la antigua fundadora del vasto imperio a que dió su nombre, sostuvo luchas cruentas para reducir a la unidad las diversas tribus de la Península itálica, e imponerles su lengua. Para conseguir tal objeto, los grandes políticos del Lacio, entre ellos el dictador Sila, no vacilaron ante las más sangrientas medidas, como lo prueba el aniquilamiento del gran pueblo etrusco, de cultura muy antigua y muy superior a la romana. Y cuando, unificada la península, pensó la vencedora de Cartago en imponer su yugo a las demás naciones, fué su preocupación predominante el establecimiento de su lengua como idioma común. Tal fué el eje de la política de Augusto y demás emperadores, según lo afirman con irrefuta-

bles testimonios Tácito, Plinio, Suetonio y otros escritores. Gracias a esta política decidida y perseverante, pudo amalgamar y fundir, en el mismo crisol, tantos pueblos y razas y pudo decirle con justicia el poeta Rutilio Namaciano:

*Fecisti patriam diversis gentibus unam,  
Urbem fecisti que prius orbis erat* (1).

Y fué tal la fuerza plasmadora de aquel severo idioma latino, forjado y templado en las lides del foro y de la vida cívica, purificado en los escritos de los historiadores y filósofos y engalanado y acicalado por los poetas, que aun después de la terrible invasión de los bárbaros, que parecía destinada a barrer hasta los últimos vestigios del nombre romano, mantuvo la unidad espiritual en las nuevas naciones, que se iban formando, y obligó a los rudos invasores a adoptar la lengua de los vencidos.

Aún después de tantos siglos y de tantas revoluciones mundiales, subsiste inmortal la obra civilizadora de Roma, gracias a su lengua, que se ha perpetuado en las diversas lenguas neolatinas o romances; y, observaré, de paso, que entre todas ellas la nuestra es la que con más pureza ha conservado, lo mismo en su fonética que en su morfología y sintaxis, los severos y majestuosos rasgos de su madre.

¿Por qué se llaman latinos pueblos de tan distintas procedencias, sino porque hablan lenguas, que son hijuelas del rico idioma del Lacio, que creó, en los diversos pueblos sometidos al imperio de los Césares, una misma alma, un mismo derecho y una misma orientación espiritual? Por eso existe una brillante raza latina, paladión de la cultura y del derecho, que hoy mismo asombra al mundo con las hazañas y el heroísmo de sus hijos.

En esta misma tragedia espantosa que tantos millones de víctimas ha hecho, se ve también el influjo poderoso que ejercen las lenguas en los conflictos entre las razas.

Pero no basta que las naciones posean este poderoso vínculo

(1) Hiciste una patria de razas diversas  
Y lo que era un mundo trocáste en ciudad.

de la lengua, que las liga entre sí; es necesario que todas las que hablan el mismo idioma hagan lo posible por mantener su integridad y pureza. ¿De qué sirve que poseamos tan maravilloso instrumento si no sabemos cuidarlo y conservarlo? El hombre y el pueblo que descuidan su lengua, y lo que es peor aún, la bastardean y degradan con giros impropios, con palabras de otras lenguas y con neologismos innecesarios y bárbaros, contribuyen a su degradación espiritual. Por eso decía con harta razón el gran maestro Cuervo que «nadie hace tanto por el acercamiento de las naciones hispanoamericanas como los fomentadores de los estudios que tienden a conservar la pureza de su idioma, destruyendo las barreras que las diferencian dialectales oponen al comercio de las ideas». Pecan, pues, contra el patriotismo los que no defienden los fueros del idioma y lo tratan con el mayor desdén.

Los gobiernos deben vigilar de un modo especial todo lo que se refiere a la enseñanza y cultivo del idioma. Los cuerpos docentes, como lo hacen en todas las naciones cultas de Europa, deberían ser los encargados de redactar un programa único para la enseñanza del idioma nacional en todas las escuelas públicas y particulares, y no permitir que reine la anarquía en tan importante enseñanza.

Si todas las naciones hispanoamericanas pusiesen el mismo esmero en todo lo que se refiere a la enseñanza de la lengua y aun celebrasen congresos sobre punto de tan vital interés, no vivirían seguramente tan separadas intelectual y literariamente en medio de un aislamiento egoísta y suicida. No se daría el caso de que sean desconocidos en cada una de ellas el movimiento intelectual y las obras más notables de las demás. Porque no puede negarse que, en algunas Repúblicas de lengua castellana, se han hecho y se hacen constantemente estudios lingüísticos interesantes y se presta la mayor atención a la enseñanza del idioma. Merece entre todas honrosísima mención la República de Colombia, en la que nuestra lengua ha tenido siempre glorioso baluarte, como lo prueban sus grandes filólogos, escritores, poetas y preceptistas.

En ninguna parte, ni aun en la misma Península, ha tenido tantos y tan celosos cultivadores la gramática, tan desconocida como vilipendiada por los indoctos y los corruptores

del lenguaje. Ignoran que, como decía el gran preceptista español Quintiliano: «La gramática es necesaria a los niños, agradable a los viejos, dulce compañera en la soledad, y, entre todos los estudios, el que tiene más trabajo que lucimiento».

Para formarse ligera idea del fervor y aplauso que siempre merecieron estos estudios en Colombia, basta recordar los nombres del incomparable autor del *Diccionario de construcción y régimen*, del eximio traductor de Virgilio, don Miguel Antonio Caro, de Pombo, de Fallón, de Marroquín, de Carrasquilla, de Restrepo, de Isaza, de don Marco Fidel Suárez, autor de notables y profundos estudios sobre nuestra lengua y cuyo claro talento promete todavía días de gloria a las letras y a la política de su patria, y de otros muchos que sería prolijo enumerar. Baste decir, como detalle sugestivo, que, en la serie de los últimos presidentes de esta gran República, predominan los cultivadores de las letras. No ha sido mucho menos intenso el movimiento literario y lingüístico en México, como lo revelan las notables publicaciones y los trabajos lingüísticos del erudito académico señor García Icazbalceta, del señor Angel de la Peña, y de una brillante pléyade de escritores y poetas cultísimos, cuyas obras ha dado a conocer recientemente entre nosotros en doctas y elegantes conferencias mi amigo el delicado poeta Urbina.

Del ardor con que se cultivan la lengua y las letras en el Perú y Venezuela dan testimonio evidente los nombres y las obras del venerable Ricardo Palma, Pardo, del Carpio, Paz Soldán, Corpancho, Althaus, Chocano, etc., en el primero, y, en la segunda, del insigne poeta Bello, gloria de nuestra lengua y estirpe, del castizo Baralt, autor del *Diccionario de galicismos*, de Camacho Roldán y Fermín Toro, del delicado poeta Gutiérrez Coll, de Asunción Silva, sin contar a Ros de Olano y Heriberto García de Quevedo, colaborador de Zorrilla, a quienes generalmente se asigna honroso puesto entre los literatos de la Península.

En Centro América, donde siempre se atendió con esmero el cultivo de nuestro idioma, sólo citaré de paso a los ecuatorianos Olmedo, una de las cumbres de la poesía americana, a Numa Pompilio Llona, Mera, Tovar, de aficiones lexicográficas, al ilustre cantor de *Azul*, tan popular en toda América

y Europa, al delicado prosista Gómez Carrillo, guatemateco de nacimiento, al gramático salvadoreño Gagini, y al meritísimo lexicógrafo de Honduras señor Membreño, sin otros muchos elegantes cultivadores de la poesía y de la lengua, como el doctor Gustavo Ruiz a quien recientemente hemos tenido el placer de aplaudir en este recinto.

Santo Domingo, Cuba y Puerto Rico no se quedan atrás en este gran torneo. Recordaré, entre ciento, los nombres del inspirado cantor del Niágara, Heredia, de Henriquez Ureña, de Martín, Juncos, etc., etc.

Panamá sigue, en esta materia, las tradiciones de Colombia. Su gobierno ha promulgado recientemente una ley, que pudiéramos llamar de higiene literaria, para corregir los innumerables abusos que se cometen en las inscripciones, letreros y anuncios públicos. Muy conveniente sería que los demás países que hablan nuestra lengua, incluso la misma España, imitasen tan laudable iniciativa.

También merece mención honorífica, en lo relativo al cultivo de la lengua, la República de Chile, donde la memoria de Bello y sus admirables y fecundas enseñanzas han mantenido el entusiasmo por esta clase de estudios, y donde han sido y son objeto de continua preocupación, por parte del gobierno y de las autoridades universitarias, las disciplinas lingüísticas y filológicas.

La empresa del cantor de la *Zona Tórrida* no fué fácil al principio, pues tuvo que arrostrar las iras de los furibundos enemigos de la cultura española, como Lastarría e Infante, que llegaron a llamarle *miserable aventurero*. Como dice Menéndez y Pelayo: «pocos hombres han contraído tanto mérito con ningún país, como el que Bello contrajo alejando de Chile la barbarie». Los nombres de doña Mercedes Marín, Sanfuentes, Lillo, Irisarri, los Amunásteguis, de la Barra, Zorobabel Rodríguez, etc., justifican la obra cultural de Bello.

En cuanto a la República Oriental, que siempre se distinguió por su amor a la cultura, basta recordar entre otros muchos, el nombre glorioso de Rodó, admirable cincelador de nuestra lengua.

En esta floreciente Nación Argentina, que hoy se adelanta a sus demás hermanas en la hermosa iniciativa de consagrar



el día aniversario del descubrimiento de América a la Fiesta de la Raza, ha tenido alternativas el cultivo de nuestra lengua. Más aun, ha habido hombres tan mal aconsejados que patrocinaron y lanzaron a los cuatro vientos la creación de una lengua argentina, una especie de esperanto, uno de esos engendros híbridos, llamados lenguas universales, sin pasado ni porvenir, que, cuando más, desempeñan en el trato internacional el mismo papel que el código de señales en la marina. Movía, en gran parte, a estos innovadores la ignorancia del propio idioma y juzgaban bellezas los innumerables barbarismos, galicismos y otros excesos con que los aluviones inmigratorios habían enriquecido el vocabulario argentino. Como el famoso loro de la fábula de Iriarte, creían que, con semejante jerigonza, ilustraban el idioma nativo.

Afortunadamente existía, en primer término, una gloriosa tradición literaria, mantenida por las obras de Echeverría, Mármol, Juan Cruz Varela, Mitre, Cané, Gutiérrez, López, Quesada, el gran poeta Andrade y Guido Spano; resonaba todavía la elegante elocuencia de Avellaneda, y no habían colgado sus armoniosas liras Obligado, el inspirado cantor del *Ombú*, y el clásico Oyuela, que ensalzó a Fray Luis y a Cervantes en rotundas e impecables estrofas. Por otra parte, entre la juventud literaria, aparecían algunos nombres, que destacándose del cuerpo amorfo, mostraban ya, como en el huerto de Fray Luis,

....en esperanza el fruto cierto.

Pasó aquella manga de langosta literaria que amenazaba con destruir la vitalidad del castellano, y fué en parte beneficiosa tal invasión, pues ha despertado energías dormidas; ha dado lugar a reacciones vigorosas y saludables y ha excitado un gran movimiento de reacción contra la barbarie que pretendía erigirse en dogma. Ha renacido la afición a los estudios literarios; muchos espíritus selectos se han dedicado a refinar su lenguaje y estilo: los gobiernos y los educadores se han preocupado por la enseñanza de la lengua nacional; la prensa, por su parte, ha promovido esta gran obra de cultura, ya por medio de concursos, ya procurando que los tra-

bajos que aparecen en sus columnas se distinguen por la perfección de la forma, ya procurándose la colaboración de distinguidos literatos.

La Facultad de Filosofía y Letras, que cuenta con entusiastas y eruditos comentadores de nuestra admirable literatura histórica, y hace familiares en sus aulas los nombres del autor de *La Celestina*, de Berceo, del Arcipreste de Hita y demás patriarcas de las letras castellanas, procura además, con la creación de nuevas cátedras, el fomento de nuestra lengua. La Academia Argentina, correspondiente de la Real Academia de Lengua, y la Academia de Filosofía y Letras contribuyen a este Renacimiento con fiestas literarias que son encanto de los espíritus selectos. Por otra parte, en los Colegios Nacionales y otras instituciones docentes, figuran notables cultivadores de nuestra lengua, que no sólo enseñan en la cátedra sino también en conferencias y Revistas. Por último bástame recordar que, en el plan de estudios de las escuelas de Buenos Aires, campea este axioma: «El lenguaje ocupa el lugar más culminante dentro de la enseñanza». Pero es preciso que este gran movimiento de renovación obedezca a un principio de unidad, para que sea fecundo. El programa de enseñanza de la lengua nacional debe ser único en toda la República y no quedar al arbitrio de cada institución y de cada maestro. Es necesario además que se revisen escrupulosamente los textos y que se excluyan rigurosamente de la enseñanza todos los que pecan contra la pureza e integridad del idioma. Es doloroso que, por injustificadas tolerancias, sirvan de texto libros llenos de galicismos y barbarismos, tales como *míxtificar* y *míxtificación*, *postergar* (por *aplazar*), *primar* (por *imponerse*), *dintel* (por *umbral*), *esclavatura* (por *esclavitud*), *ópimo*, *intérvulo* (por *ópimo* e *intervalo*), *observar a uno* (por *hacerle notar*), *reato* (por *obstáculo*), *involucrar* (por *envolver*, *contener*), *recién* (por *recientemente*); *cien* (por *ciento*), *noticioso* (por *lleno de noticias*) y otra multitud de palabras y giros que bastardean el lenguaje. No deben ser los libros escolares negocio explotable, sino función delicada y confiada únicamente a personas de reconocida autoridad y competencia.

Es preciso, por último, que las clases elevadas, los favoreci-

dos por el nacimiento o la fortuna dén ejemplo a los demás, en materia de refinamiento de lenguaje.

Sin sospechar tal vez la existencia posible de un fenómeno como el que voy a citar, había dicho, a principios del pasado siglo, el ilustre filólogo F. Schlegel:

«Considero como deber sagrado en todo tiempo, y como *importantísimo privilegio de las altas clases sociales, el cultivo cuidadoso* de la lengua patria. Una nación cuya lengua se torna ruda y bárbara está amenazada de caer ella misma en la barbarie.»

Es, en verdad, lamentable y choeca a los extranjeros cultos el espectáculo de no pocos individuos que son refinados en todo, en el comer, en el vestir, en sus deportes, menos en su lenguaje. Viven como magnates y suelen hablar como plebeyos. Aprenden con cuidado las lenguas extranjeras, y descuidan la propia.

Otra de las causas que contribuyen a la corrupción del lenguaje son los cines y los teatros.

En los primeros, rara es la cinta que no vaya acompañada de leyendas o explicaciones en castellano, en que abundan los barbarismos y las incorrecciones.

En cuanto a los segundos, contribuyen más aún, como es natural, a pervertir el gusto del público con traducciones de la peor ralea, en que se oyen galicismos como *apercibirse de, hacer un pasco*, y lindezas por el estilo.

Es axioma corriente, en literatura, que los poetas no suelen ejercer influencia en la lengua del pueblo; pero esto no se realizó en nuestro teatro clásico, esencialmente popular y el más rico tesoro de nuestra lengua. No hay nación que pueda competir con nosotros en este punto, pues uno solo de nuestros poetas dramáticos, Lope de Vega, llamado con harta razón el monstruo de la naturaleza y el fénix de los ingenios, nos dejó según los críticos más autorizados, unas 1.700 comedias, cifra a que no llegan juntos los teatros de Francia, Inglaterra, Alemania e Italia en la misma época. Tanto Lope como sus demás gloriosos compañeros en la escena: Tirso, Alarcón, Moreto, Rojas, Calderón, etc., etc., fueron verdaderos maestros de idealismo y de lenguaje, pues el pueblo que, en toda España, acudía presuroso a los teatros, no sólo se familiarizaba con las

grandes figuras y los hechos de su historia, sino también con el lenguaje rico, jugoso y castizo de aquellos insignes maestros. Los primeros conquistadores trajeron a estas inexploradas regiones esta lengua admirable, corriente en Castilla y conservada todavía en pintorescos modismos y voces de sabor arcaico, en el fondo de las provincias, menos contaminadas que la capital por la inmigración extranjera. Por eso, mientras en la gran metrópoli argentina desgarran nuestros oídos a cada paso galicísmos, italianismos y otros excesos de lenguaje, siéntense halagados en las provincias del interior por multitud de palabras y giros del más legítimo abolenço.

Pero no sólo tiene nuestra lengua enemigos en las lenguas extranjeras y en el descuido de los que la enseñan y hablan, sino también en las regiones de la misma Península. Ya sabemos cómo, a ejemplo de Roma, también España unificó su nacionalidad y su lengua; pero, a diferencia de aquélla, no derramó torrentes de sangre para realizarlo. El castellano se hizo lengua oficial de todos los españoles, no por imposición violenta de Castilla, sino por la fuerza de las circunstancias, por sus condiciones fonéticas, gramaticales y literarias, por su gloriosa literatura y no menos glorioso teatro ante cuya majestad y grandeza hubieron de ceder las literaturas regionales. La lengua, en que el gran César Carlos V se dirigía a la divinidad, y en que, en solemne ocasión, hablaba a un congreso de hombres de diversas razas, con la seguridad de ser entendido por todos, no necesitaba recurrir a la violencia para imponerse. El castellano jamás hizo la guerra a ninguna otra lengua regional, pues en España siempre fué compatible el culto de los penates con el culto superior de la patria común. Recórrase nuestra historia literaria y no se hallarán en ella, durante cerca de cuatro siglos, huellas de malquerencia o discordia. Catalanes, valencianos, mallorquines, vascuences rivalizan con los demás habitantes de las demás regiones de España en el cultivo del castellano y en el acrecentamiento de sus tesoros literarios. Eruditos como Mayáns y Siscar, Capmany, Puigblanch y otros muchos, se dedican con general aplauso y gloria al cultivo y engrandecimiento de nuestra lengua, y todo el que arguya, sin recurrir a sofismas, no puede negar la gran autoridad y prestigio que merecen a todos los españoles. ¿Qué puede signi-

ficar ante este concierto universal de respeto y alabanzas, alguna crítica oscura y sin autoridad suficiente? ¿Ha existido alguna vez en algún país del mundo, autor que no haya sido objeto de crítica?

En tiempos más cercanos a los nuestros, ha seguido el mismo fervor en pro de nuestra literatura por parte de los escritores regionales. ¿Quién no recuerda con admiración y con cariño los nombres de Piferrer, admirador e ilustrador de nuestros clásicos; de Coll y Vehí, el castizo escritor y maestro de tantas generaciones; del gran prosista Mañé y Flaquer; del insigne filólogo Milá y Fontanals, maestro de Menéndez Pelayo; del admirable Balmes, de Pi y Margall, del erudito Rubió, de Quadrado, Cabanyes, Querol, Llorente, Estelrich y tantos otros que sería prolijo enumerar? Más aún; ¿quiénes han levantado imperecedero monumento a las letras castellanas en la ya popular y famosa *Biblioteca de Autores Españoles*? Dos ilustres catalanes, el benemérito Rivadeneyra y su ilustre amigo Aribau, que no creyó incompatible cantar a la *Patria* en su materna lengua catalana con la noble tarea de hacer el más brillante y ostentoso alarde de las inmensas e inexploradas riquezas de la literatura castellana.

En Francia, donde hay no sólo pueblos unidos espontáneamente, sino la imposición de una lengua y de una política por los vencedores de la lengua *d'oïl* a los vencidos de la lengua *d'oc*, en la célebre guerra de los Albigenses, y donde se ven también extensas regiones catalanas incorporadas al territorio francés, el patriotismo ha apagado por completo todo grito de protesta y rebeldía; ningún provenzal ni catalán ha soñado en reivindicaciones lingüísticas ni en arrancar a la hermosa y elegante lengua francesa, la hegemonía que le han dado la historia y la brillante labor literaria de todos sus hijos. Sin embargo, los vencidos de hace siglos no han olvidado la hermosa, sonora y rica lengua de los trovadores. En ella ha podido escribir Mistral sus admirables poemas, con aplauso de todos los franceses, pero sin soñar siquiera en hacer de sus obras bandera de rebelión. Las fiestas anuales en honor del caballero Florián, de Aubanel y de otros poetas provenzales son amables fiestas de familia que no alteran en lo más mínimo la concordia entre los hijos de una misma madre, a la que

todos bendicen, ensalzan y engrandecen en el mismo idioma. Lo mismo ha ocurrido en Italia, -donde la ardiente voz del patriotismo y la aspiración constante a la unidad, que constituye la fuerza de las naciones, se ha impuesto imperiosamente a toda tendencia regional histórica. Ningún veneciano trata de restaurar, a costa de la unidad nacional, la autoridad y el prestigio de sus antiguas Señorías; ningún florentino sueña con restablecer su prestigiosa república. Todos, venecianos, florentinos, genoveses, napolitanos, sicilianos, etc., olvidados de antiguos derechos y preminencias, sólo piensan en enriquecer, engrandecer y glorificar a la patria única.

Así ocurrió en España hasta los últimos lustros del siglo pasado; pero algunos ilusos, cegados por no sé qué espejismos, han empezado a sembrar la desunión y se proponen desgarrar el fuerte vínculo de nuestra gloriosa nacionalidad, forjado por el natural desarrollo histórico y no por la violencia ni la coacción, es decir, la unidad de nuestra lengua, negándole con la mayor injusticia el privilegio de lengua nacional. ¿Es posible semejante aberración y ceguera? El castellano no es sólo la lengua oficial de toda la Península, salvo Portugal, sino también lengua nacional y oficial de otras 20 Repúblicas, es decir, la lengua nacional y oficial de más de ochenta millones de hombres. ¿Es acaso una mengua para la lengua catalana, por muy glorioso que sea su pasado, que nunca podrá compararse con el castellano, ceder el puesto de honor en el solar de la raza, a la lengua castellana, cuyos inmensos tesoros literarios son el asombro y envidia de los pueblos extranjeros? Y hago caso omiso de otras muchísimas ventajas que presenta sobre los demás idiomas, como la claridad y sencillez de su fonética, la riqueza, majestad y propiedad de su vocabulario, y la sólida elegancia de su sintaxis.

¿Cómo pretenden esos ilusos desterrar una lengua que tiene tantas preeminencias, de los hogares, de las escuelas, de las cátedras de Cataluña, es decir, fomentar la guerra civil, cuando debían agradecer a la Providencia el que haya puesto en sus manos instrumento tan poderoso de cultura, que les ha permitido ocupar en la vida económica de España un lugar preponderante, y que les ha franqueado las puertas de

todas las naciones hispanoamericanas, dándoles un privilegio eminente sobre los demás inmigrantes extranjeros?

Pretendan enhorabuena privilegios económicos, reformas en el régimen provincial y municipal; pero no cometan el crimen de lesa nación de tocar el paladión de la nacionalidad consagrado por los siglos.

Nunca hubiera pensado insistir en este punto, que tanto interesa a la vitalidad y a la autoridad de nuestra lengua, si los promovedores de esa nueva cruzada, que no quiero calificar, hubieran limitado sus reivindicaciones al territorio de la Península; pero ignoro por qué móvil oculto han traído estas discusiones, pecaminosas y nocivas, a estas naciones hispanoamericanas, donde afortunadamente no se habla más idioma que el castellano. ¿A qué fin obedece esta campaña en desprestigio de nuestra lengua? En todo caso puede calificarse de campaña suicida.

Pretender privar a la lengua castellana de su dominio y señorío, no establecido por la violencia sino por común consentimiento y provecho de todos los españoles, es intento anti-patriótico y condenable. La historia de las naciones no se rehace, y por más que lo pretendan algunos exaltados, el catalán seguirá siendo, como el gallego y vasconce, una lengua familiar, digna de respeto como todo lo que constituye lazo de familia, como una venerable tradición, y objeto interesante de estudio para el filólogo.

El único vínculo indisoluble de unión entre todos los pueblos de nuestra estirpe, allende y aquende el océano, es el castellano, que como el héroe de la epopeya nacional, el no igualado *Mío Cid*, aparece desde su infancia, dominador sonoro y majestuoso, cual ninguna otra lengua romance; que ha dejado en la historia de la civilización una estela inmortal y que en los futuros y seguramente brillantes destinos de nuestra raza, así en España como en América, está llamado a añadir nuevos y muy valiosos timbres a sus trofeos legendarios.

Termino renovando el ardiente voto a que a nombre de la Real Academia formuló el señor Cañete al celebrar el primer centenario del nacimiento de Bello:

«El amor de la hermosa lengua castellana, que aun resuena con majestad y armonía entre la nieve de los Andes y en las feraces campiñas del Ecuador, sea de hoy más vínculo que estreche de nuevo, sin menoscabar a nadie su independencia, los lazos de cariñosa hermandad entre americanos y españoles.»

MIGUEL DE TORO Y GÓMEZ.



## **España y la instrucción primaria**

---

El propósito de afianzar los vínculos espirituales que nos unen a España, es laudable política que parece no haber alcanzado todavía su cabal significación en ciertos órdenes de la vida nacional.

Puesto que nadie duda de la sinceridad con que en los círculos oficiales y reuniones de ocasión, argentinos y españoles nos expresamos este propósito de acercamiento, bueno es preocuparse ya de que las cosas se lleven al terreno práctico, única forma de realizar, definitivamente, lo que está en la voluntad de todos.

Si en alguna parte la necesidad de aumentar los afectos para España no ha alcanzado aún su cabal significado, como decíamos, es, sin duda, en las escuelas de enseñanza primaria, donde por razones de buen sentido, debieran, sin embargo, tener comienzo todas las iniciativas de índole espiritual. Y no es porque se le da poca importancia al asunto, ni porque los hombres dirigentes de la instrucción pública dudan de las ventajas de esta política de acercamiento hispano-argentino, sino por dejadez o por temor, quizás de abocarse reformas trascendentales, que nuestros programas no se preocupan de crear en el alma argentina, desde sus primeros años, el espíritu de solidaridad con la madre patria.

Las congratulaciones que a diario le enviamos con cualquier pretexto, los anhelos auspiciosos que le protestamos en discursos y conferencias, los «vivas» callejeros para su nombre en los grandes aniversarios, todo eso, no saldrá jamás del terreno de la mera cortesía si la escuela no toma para sí la misión de sedimentar en el alma estos anhelos. Ella que recibe

al hombre en la edad en que todas las ideas pueden inculcarse fácilmente, porque a sus prestigios de educadora se añade la circunstancia de tratar con espíritus aun inmunes de prejuicios; que a diario encuentra cientos de ocasiones para despertar en los niños los sentimientos del amor y del respeto a la madre patria y cientos de motivos para insistir sobre ello, lejos de empeñarse en esta noble tarea, resulta, a pesar suyo, en cierto sentido hostil.

El criterio utilitarista con que se han hecho los programas escolares, el afán de arrancar de ellos todo lo que no sea de visible e inmediata utilización, no dejan, por cierto mayores márgenes para las iniciativas personales de algunos maestros. Es al gobierno, en consecuencia, a quien corresponde rever el plan de estudios de las escuelas primarias, y no necesitará leer muchas páginas para darse cuenta que en vez de formarse en nuestros establecimientos de educación ese amor y respeto que ofrecemos en los discursos oficiales, la escuela, sin quererlo, conspira contra ellos.

Bien está que se dicten cursos de historia y geografía Argentina, en sus relaciones, esta última, «con los países importantes desde el punto de vista comercial», según rezan los programas; bien está que le dediquemos nuestra atención a las naciones que dejan mayores gajes a nuestras aduanas, y mejores emolumentos a nuestros productos, pero que ello no sea óbice para tratar a los demás pueblos, como España, v. gr., que no cabe en los conceptos anteriores, en otra forma que la «somera» recomendada por los programas.

¿Pero es, acaso, que se pierde tiempo, estudiando a un país que poco o nada significa en las finanzas del mundo, pero cuyo destino lo sentimos como nuestro, por mandato del corazón?

Y entiéndase que estudiar a España no significa nombrar sus ríos, decir sus límites geográficos y recitar en cifras redondas unos cuantos guarismos de sus estadísticas, porque todo esto, bien o mal se hace, sino que ha de estudiársela bajo los aspectos eternos de su lengua, de su ciencia, de su arte, de su alma nacional, de todo eso que la hace grande en el pasado y digna en el presente.

La historia de España es materia que también debiera en-

trar en los programas escolares, porque es la historia de la raza, de la sangre y el espíritu comunes, la historia que no cambian los azares políticos ni los conceptos internacionales en boga. No es posible que la historia española, nuestra en sus últimos términos, sea en planes y programas un capítulo, como la de cualquier otro pueblo.

Aparte de que habrían ventajas pedagógicas en entroncar la historia argentina en la de España, con ello se conseguiría, de una manera eficaz, la sugestión de los sentimientos solidarios que nos preocupan. Siempre he creído que no aman a España sólo los que ignoran su pasado.

Obsérvese en cambio lo que sucede entre nosotros: estudia el niño, de la historia española, el momento de 1800 a 1810, buscando los hechos determinantes de la revolución Americana, es decir, el período triste, el paréntesis de amargura que todos los pueblos tienen en su tradición, y termina el estudio, con la conferencia de Bayona, espectáculo vergonzoso de un rey decrepito y un heredero truhán que facilitan con rewertas domésticas las ambiciones de un soldado y las desgracias de un pueblo ilustre, empobrecido por tres siglos de sacrificios. Y aquí termina el capítulo español para nuestros niños, salvo uno que otro curioso que al extender su lectura de los manuales, diez páginas más allá, tropieza con el dos de Mayo y la figura de un sargento español!

¿Qué concepto se forma ese niño del pasado de la madre patria? ¿Por qué se lo llevó, así, de improviso, desde un ambiente de libertades que es su realidad presente, a un pasado sombrío que en su alma infantil adquiere contornos de panorama? ¿Por qué no se le habló, primeramente, de sus reyes ilustres, de sus ejércitos vencedores en todas las latitudes de la tierra, de su pabellón enhiesto sobre los más altos bastiones del mundo? ¿Puede pedirse amor para España a gente que de ella no conoce más que sus miserias?... Y así pasan los niños de nuestras escuelas: cinco años de instrucción primaria repitiendo el mismo tema, graduando sus tintes de menor a mayor hasta un sexto grado!

La enemiga de la madre patria entre nosotros, es la escuela ¡dolorosa confesión en labios de un maestro que la ama tanto! Sus cursos de historia, tan a propósito para formarse los

sentimientos de amor y respeto, son los primeros en llenar de dudas el alma infantil. Sus cursos de geografía los que la desprestigian, enseñando que la civilización de los pueblos se mide con la cifra de su comercio y la fuerza de sus escuadras; callando el arte oculto en sus ciudades ilustres; despertando la curiosidad infantil por los *rascacielos* neoyorquinos y las fábricas de Manchester, mientras nombran apenas, cuando lo hacen, a las soledades de Castilla y los templos de Córdoba.

Está lejos de mi espíritu creer que, deliberadamente, se cometen estas injusticias, pero el hecho es que se cometen y nada hacemos por repararlas.

Agréguese a lo que llevamos dicho, que maestros hay — y no los menos — que aún tienen para las cosas españolas el criterio de cualquier Pancho Gómez, domine allá por los años de 1840... El obscurantismo español, las expoliaciones del coloniaje, el monopolio, la espada castellana, cercenando cabezas indias, etc., etc., y a título de estrambote el consabido paralelo entre la colonización inglesa y española, imprescindible lugar común de los discursos magistrales: «aquella es la libertad, ésta la esclavitud, aquella regenera pueblos, ésta los agobia», y siguen las fechas, los nombres sajones, bárbaramente pronunciados, los números, las citas a montón.

Que terminen estas censuras, que ya no haya recriminaciones, que no tienen siquiera el encanto de la originalidad y, sobre todo, que falsean la verdad histórica y la falsean en desmedro de un pueblo ilustre.

No hace mucho tiempo oía en el curso superior de cierta escuela normal, una clase de historia americana, que versaba sobre la conquista del Perú. Aunque el asunto, según se me dijo, era sólo la expedición de Pizarro y Almagro, no le faltó al maestro medio para extenderse hasta el zarandeado martirio de Atahualpa. Describiólo con brevedad, recargando tintas y coreado por los alumnos comenzó las amargas reflexiones: «Pizarro, desleal, aventurero, desalmado y traidor, sacrifica a Atahualpa para medrar en el oro de los Incas, etc., etc.» y casi con el toque de campana, el elocuente domine — domina en este caso — terminaba con estas palabras: «Así hacían la conquista los españoles».

Aunque la historia ha descalificado ya, definitivamente a

ese Inca «sublime», matador de su hermano, indio sombrío que a trueque de su libertad inservible entregaba las fortunas del Cuzco y las vírgenes de sus templos, nadie, que yo sepa — ni español ni americano — ha justificado la conducta del capitán extremeño, pero bueno es también decir a esos niños, que si España envió a un Pizarro aventurero, despiadado, sin duda, pero símbolo, el más alto, de la tenacidad y el valor hispanos — cosas que son virtudes — en la misma expedición, para completar las calidades del espíritu castellano, que el jefe no tenía, vino otro extremeño, caballero y señor, cuya noble actitud de protesta en el mentado sacrificio, salvó la dignidad de España: don Hernando de Soto, cuyo nombre no fué siquiera pronunciado.

¿A qué se debe esta manía de decir lo malo que de España puede decirse y callar lo bueno? ¿Tan representativo del espíritu español, no es, acaso, como Pizarro, Hernando de Soto?

Es para mí un hecho inexplicable esta hispanofobia de los maestros y como no tengo derecho de achacarlo a ignorancia, quiero creer que es sólo la obra de viejos prejuicios estilizados, la que mantiene de pie reparos que no resisten al menor análisis. Pero no por ello el mal que producen es menor y lo grave del caso, no es, el erróneo concepto en que viven unos cuantos, puesto que no se modifica con ello el sentimiento de la mayoría, sino que esos cuantos, son precisamente, los que tienen a su cargo la dirección espiritual de la infancia.

La Revolución Americana es un hecho consumado, y conviene que sepan los maestros, a quienes entregamos nuestros niños, que malos ciudadanos saldrán de entre sus manos si ellos no se preocupan de sustentar los sentimientos generosos, y sugerir en las almas infantiles la solidaridad de la sangre y de la raza, que aun no tenemos, y que es problema fundamental en la educación del carácter argentino.

Las recriminaciones, las iniquas y hasta las mentiras convencionales sobre «el godó», los epítetos denigrantes para sus ejércitos, no menos gloriosos por vencidos, tuvieron antaño su razón de ser. Cumplieron con una misión histórica en la pluma volandera de Monteagudo, en las gacetas incendiarias de la Independencia y aun en los achaques de Sariniento. Pero cien

años han variado las cosas y al cabo de ellos, descartadas las teorías del materialismo histórico, nos encontramos grandes a pesar del obscurantismo colonial, con un comercio floreciente a pesar de los impuestos que imponían Cádiz y Sevilla, con una constitución, la más libre de la tierra, a pesar de los virreyes reaccionarios, con un gran espíritu de pueblo, con un pasado ilustre, con una lengua rica, y un alma llena de altiveces, abierta a todas las hidalguías, pronta para todos los heroísmos; alma hecha de sacrificios y noblezas, que si la heráldica tuviera que simbolizar, esculpiría, de seguro, sobre un cuartel violeta el plumón de un Capitán de Castilla. Porque todo nos dió España, todo nos dejó en potencia, nobleza para olvidar sus yerros, virtudes que en ella bendecimos.

Y esto es la única verdad histórica.

B. VENTURA PESSOLANO

## La raza como ideal

### Posibilidad y necesidad de su concreción

---

Por la percepción el hombre extiende cada vez más el radio de su penetración en la naturaleza y cala la realidad forzándola a entrar en sus marcos intelectuales; por la reflexión, en cambio, organiza los elementos, los dispone en armónicas relaciones y los ordena concéntricamente de manera que permitan una mejor realización de sus aspiraciones; por eso es ella la operación más típicamente humana; sin la selección que supone seríamos autómatas arrastrados a la acción por cualquier impresión del medio ambiente; nuestra marcha ascensional, nuestro progreso no sería posible sin esa labor inmanente y constructiva que representa y sintetiza la actividad creadora e integradora de la naturaleza. La meditación nos permite transmutando los valores recibidos, construir núcleos de condensación energética que explican nuestra independencia y autonomía y nos capacita para dar el sello distintivo de nuestra individualidad combinando de diferente manera los elementos que el mundo nos proporciona.

Es por eso necesario detenerse en medio del camino, hacer un recuento de las adquisiciones hechas, de las experiencias realizadas y darles la organización y sistematización más conveniente para encauzar y aprovechar sus energías y caudales; hay que sustraer algún tiempo a la vida febril moderna para asimilar y transubstanciar todos esos valores a fin de que la continua y progresiva integración de nuestra personalidad se haga evitando la dispersión centrífuga de sus componentes, y la incorporación continua de energías se haga como en la célula viva sin perder el equilibrio dinámico de la masa; los

elementos heterogéneos no fundidos y asimilados son cuerpos extraños que guardan latentemente semillas de discordia y están dispuestos siempre a manifestarse provocando la contradicción y la lucha. ¿La inconstancia y versatilidad de muchos hombres que pasan por la vida negándose siempre a sí mismos no radica casi totalmente en esta inasimilación de los materiales ingeridos?

Comprendiéndolo así Jehová sustrae al trabajo un día cada semana que el hombre debía de emplear para estabilizarse socialmente para reforzar por la meditación sus incipientes hábitos sociales y orientarse y cobrar nuevos bríos para proseguir la lucha. Y como el judaísmo las religiones orientales, los griegos y romanos, el cristianismo, todo conjunto, en fin, de hombres que por naturaleza o por voluntad propia gravitan alrededor de un anhelo o ideal establecen también sus días para ratificar propósitos, para afianzar esa armonía, ese equilibrio, esa comunión del hombre consigo mismo, con sus ideales, con la ley que mana de su naturaleza, en lo cual encuentra su más cumplida satisfacción.

Ahora ¿existirá un ideal de raza, un hispano-americanismo que pueda justificar una llamada a la reflexión? ¿Existirán un conjunto de realidades étnicas, históricas, culturales que permitan una organización convergente, una concentración ideal, la formulación de un espíritu de raza? Más aún ¿existirá un cúmulo de circunstancias que hacen más apremiante y necesaria esta condensación y concreción del ideal hispano-americanista?

Efectivamente, a pesar del diverso ambiente geográfico en que se volcó la desbordante energía hispana y del diverso sedimento étnico y cultural sobre que se posó, no se perdió nunca la consubstancialidad indestructible, la honda trama afirmativa, denunciadora de la íntima solidaridad, de la genérica indistinción entre las repúblicas americanas y la antigua metrópoli.

Al terminar el descubrimiento y conquista de América los conquistadores se mezclan a los indígenas y se constituye el primer núcleo de condensación de la futura sociedad; en ésta al mezclarse elementos de desigual valor asegura el conquistador su predominio asimilando al aborigen e informando y po-



niendo su sello a la nueva entidad; los que no entran en comunión con él quedan fuera del mundo civil.

Formado así el eje de la sociedad americana se incorporan continuamente elementos nuevos del peso muerto aborigen o pertenecientes a otras razas, pero el nuevo organismo sorprende por un inmenso poder de asimilación e ingiere todo y perpetúa a través de todas las adquisiciones los atributos de su originaria personalidad. La misma sangre vitaliza, pues, nuestros cuerpos, la misma cultura, religión y lengua informa nuestras almas, tenemos idénticas o parecidas costumbres e instituciones, y hasta la misma Historia nos ató en feroz coyunda bajo el yugo del mismo régimen absolutista.

En una conferencia dada poco tiempo ha (\*), se pregunta un escritor, después de un devaneo más o menos insustancial, si existe una raza hispano americana o a qué raza pertenecen los pueblos de Sud América. Se refiere a las diferentes migraciones que han contribuido a formar la República Argentina y encuentra acertado compararlas a los ríos que desaguan en El Plata.

La comparación no es justa, equivale a confundir el crecimiento de lo inorgánico con el de lo organizado. Las sociedades son entidades orgánicas con capacidad para tomar elementos extraños, transubstanciarlos y asimilarlos. ¿Qué se han hecho los 20 millones de alemanes que han arribado a Norte América? ¿y los millones de franceses, italianos, mejicanos, etc., que igualmente cayeron bajo su esfera de acción? Dos o tres generaciones y la masa homogénea y compacta mostrará una e inconfundible etiqueta: raza o sociedad angloamericana.

Si así no fuera los desvelos de los educadores por hacer nacionalista la enseñanza no tendrían razón de ser; sin embargo los hombres superiores de todas las naciones se han preocupado por imprimirle esa orientación, postulando así la concreción de un ideal. Y esta conclusión hay circunstancias que la hacen apremiante, que la exigen: 1º La tendencia a definirse, agruparse y estrecharse que se observa en el mundo entre las naciones del mismo tronco étnico, como la guerra actual palmariamente ha demostrado y demuestra; 2º La expansión con-

\* Me refiero a la conferencia dada en el Rosario en el día de la Raza por el Dr. Rodolfo Rivarola.

quistadora, agresiva y arrolladora de las razas mejor dotadas y el peligro que importa para Hispano-América y 3º La tendencia a una integración cada vez más amplia, a una simplificación o reducción de los grupos de naciones a que nos lleva ese humanismo o internacionalismo que vagamente palpita en todos y que cada vez con más precisión (a pesar de la guerra) se va enunciando. Podemos suponer que la reducción y federación empezará por los grupos étnicos y es una prueba de ello la descomposición de algunos estados, precursora indudablemente de una recomposición posterior más racional y humana.

Si existe, pues, una realidad étnica, cultural e histórica y condiciones que impelen a formular un ideal de raza, era necesario afirmarlo proclamando la solidaridad entre las naciones de la misma estirpe.

«¡Desdichada la raza, ha dicho Ortega y Gasset, que no hace un alto en la encrucijada antes de proseguir su ruta, que no se hace un problema de su propia intimidad; que no siente la heroica necesidad de justificar su destino, de volcar claridades sobre su misión en la historia.

El individuo no puede orientarse en el universo sino al través de su raza, porque va sumido en ella como la gota en la nube viajera».

Era necesario, pues, un día de la raza para bañar el espíritu en lo que podemos considerar como atributos de nuestra personalidad étnica, para restablecer comunicaciones con el pasado y buscar en él, el hilillo originario de nuestra cultura moral y social, para entonar el corazón y llenarlo de temerario valor y de virtudes cívicas.

A esto responde y para esto se ha establecido el 12 de Octubre.

Y en buena hora lo ha sido, cuando las repúblicas americanas pasados los trastornos civiles y habiendo arribado a formas permanentes de sociabilidad, a su equilibrio funcional con el establecimiento definitivo de gobiernos democráticos, se aprestan a buscar en la paz y en el trabajo los elementos de su prosperidad y progreso y cuando España sin haber perdido nunca aun en las horas más difíciles sus arreos de orgullo patricio como esos viejos infanzones que aún en la pobreza conservan el sello de su ilustre prosapia, despierta de un sueño

secular como el Adán de Miguel Angel con los brazos tendidos al espacio infinito demandando para reverdecer sus antiguas glorias y corregir sus pasados yerros no la espada homicida sino los instrumentos pacíficos del trabajo, no la tea incendiaria y destructora sino la antorcha lucífera y vivificadora, no la muerte sino la vida.

Como decía Castelar «todo ensueño de reconquista de cualquier clase que sea, se ha desvanecido, toda reacci6n y recuerdo de las antiguas dominaciones se ha borrado; somos las repúblicas americanas democracias pacíficas que conservando la diferencia y la divisi6n de Estados, debemos unirnos moral y econ6micamente en la industria, en el arte, en la ciencia para sostener el nombre de nuestra raza en la tierra y ser dignos miembros de la humanidad en la futura historia.»

GASPAR MARTÍN.

## Historia de la Filosofía

---

(Continuación. Ver Nos. 39 45)

13) *Francisco Bacon*

(1561-1626)

La filosofía empírica, como corriente opuesta al racionalismo, representa el pensamiento filosófico inglés. Evidencia esta orientación la influencia del factor étnico que ya se hace notar en la escolástica dentro de la cual el pensamiento inglés tiene su manera propia de encarar los problemas. Es un inglés, Roger Bacon (1214-1294) quien prepara, reclamando para el estudio de la naturaleza completa independencia de consideraciones teológicas, el futuro florecimiento de las ciencias naturales; su compatriota y contemporáneo Juan Duns Scotus (1265-1308) niega, oponiéndose a Tomás de Aquino, la posibilidad de que coincida la razón con la fe; otro inglés, finalmente, Guillermo de Occam († 1347) debía destruir la vieja escolástica con la renovación del nominalismo: y esta doctrina es precisamente la precursora directa del empirismo.

*Francisco Bacon* inició en la filosofía moderna esta corriente. La finalidad de su filosofía es eminentemente práctica. No se propone resolver problemas trascendentales, sino aspira a ampliar el poder del hombre por medio de la ciencia. «Tantum possumus, quantum scimus». Busca la dicha, no en el más allá, sino en esta vida por medio del dominio del hombre sobre la naturaleza.

Su obra «*Instauratio Magna*» está dividida en dos partes principales, titulada la primera «*De dignitate et augmentis scientiarum*», la segunda «*Novum Organon*». Tiene el mismo propósito que Descartes y adopta como éste una posición absolutamente negativa contra la filosofía tradicional. Pero su punto de partida para la fundamentación de una nueva filosofía emancipada de la escolástica es distinto del de Descartes. La duda Baconiana no es tan radical como la cartesiana; se limita a eliminar prejuicios que pudieran alterar el razonamiento.

Comienza Bacon su obra con la primera tentativa de clasificación de las ciencias, adoptando para ello un principio psicológico. Distingue tres facultades del alma que son: la memoria, la imaginación y el entendimiento, a las cuales corresponden tres clases o categorías de ciencias:»

1) Las de la *memoria* que son las descriptivas, o sea la historia humana y la historia natural, aquella compuesta de la historia política, literaria, de las artes, de las ciencias y de la filosofía, ésta como descripción de lo existente. Distingue una naturaleza libre que comprende el estudio de todas las especies, y una naturaleza sometida (industria, mecánica).

2) Las de la *imaginación* que abarcan la estética, la literatura, la poesía.

3) Las del *entendimiento* o sea la filosofía que es la verdadera ciencia y trata de Dios, del hombre y de la naturaleza. La fe y la ciencia deben estar separadas y la teología natural puede solamente rebatir al ateísmo, sin poder fundar un conocimiento afirmativo. La filosofía de la naturaleza se dirige en parte hacia la determinación de las leyes naturales, en parte hacia su aplicación; es pues especulativa u operativa. La filosofía de la naturaleza especulativa es *física*, cuando investiga las causas eficientes, es *metafísica*, cuando considera los fines; la operativa es como aplicación de la física *mecánica*, de la metafísica *magia natural*. La filosofía del hombre considera a éste ya como individuo, ya como miembro de la sociedad; es pues antropología (cuerpo y alma) o política (ética y política). Las matemáticas son solamente una ciencia auxi-

liar de la física. Es sumamente característico este visible desprecio que demuestra Bacon por las matemáticas, tan contrario a la gran estima en que la tenían los racionalistas

En la segunda parte de su obra «*Novum Organon*» trata Bacon del método. La escolástica se basaba en la lógica de Aristóteles, cuya obra se llamaba «*Organon*». Bacon polemiza contra Aristóteles, afirmando que su «*Organon*» no responde ya a las necesidades de la época y que debe formarse otro método. Trata de demostrar que el silogismo no lleva a nada nuevo y que nos da una ciencia de palabras, cuando precisamos otro método que nos dé una ciencia de hechos. En esto coincide con Descartes. Bacon, empero, cree que lo que nos corresponde no es raciocinar, sino investigar y experimentar. El «*Novum Organon*» se divide en una parte negativa (*pars destruens*) y una parte positiva. En la primera estudia Bacon los prejuicios que pueden apartarnos de la verdad: «*Idola*», ingénitos y adquiridos. Los primeros divide en «*idola tribus*» que radican en la naturaleza humana, e «*idola specus*» que provienen de nuestra constitución individual; los segundos en «*idola fori*» que tienen por causa el lenguaje y nos llevan al verbalismo, y en «*idola theatri*» que provienen de la tradición histórica y de la orientación dogmática. Estas cuatro categorías de ídolos deben ser destruidas por la duda. Su valor es parecido a la doctrina aristotélica de los sofismas; la doctrina de los «*ídola tribus*» anticipa hasta cierto punto el pensamiento fundamental de la *Crítica de la razón pura* de Kant.

El método de Bacon es el inductivo. Empieza por acumular hechos aislados y luego generaliza. La deducción emplea para la aplicación práctica de las verdades descubiertas. Polemizando contra Aristóteles olvida que éste nos ha dado justamente el ejemplo de la aplicación del método inductivo, pues era naturalista. Pero el espíritu griego, esencialmente racionalista, abandonaba en la práctica la inducción.

Bacon ensayaba él mismo la aplicación de esos métodos a la investigación científica, p. ej. en su tratado sobre la termología, pero estos intentos, en su mayoría, son muy deficientes. Estaba también convencido que se podían fundamentar con este método no solamente las ciencias naturales, sino también

la moral y la política, pero no desarrolló esta doctrina, obra que intentó realizar luego Tomás Hobbes.

La influencia de Bacon en Inglaterra ha sido enorme. A ella se debe la fundación de la famosa Sociedad de Ciencias Naturales, con sede primero en Oxford, luego en Londres, y la aplicación de su principio de hacer ciencia de las cosas en vez de ciencia de las palabras inició allí el estupendo progreso de la investigación científica.

#### 14) *Tomás Hobbes*

(1588-1679)

El sucesor de Bacon, Hobbes, extrema la posición de aquél. Define la filosofía como el reconocimiento de los efectos o de los fenómenos por las causas, y de las causas por los efectos observados, por medio de razonamientos legítimos; su finalidad es prever los efectos y poder hacer uso de esta previsión en la vida.

Comparte con Bacon, aparte de esta doctrina sobre la finalidad práctica de la filosofía, la concepción mecanicista del universo y la preferencia por los métodos experimentales. Pero siendo, al revés de Bacon, aficionado a las matemáticas, pregonaba también la aplicación del método sintético al lado del analítico.

Identifica los conceptos de cuerpo y sustancia y admite solamente una sustancia corpórea. Dios como espíritu no es objeto de la filosofía. Todos los procesos reales los reduce a movimientos, también las sensaciones humanas.

Únicamente las palabras, como signos para muchos objetos parecidos, pueden tener carácter de generalidad, nunca las cosas. No afirma Hobbes, por eso, un materialismo filosófico, pues comprende que la materia cae también bajo el nominalismo. Como las palabras no son nada más que una invención humana, tienen para el sabio solamente el valor de fichas; el tonto, empero, las tiene por oro.

Lo que más interesa de las doctrinas de Hobbes es la apli-

cación de su filosofía a la política. Los resultados a que llega al respecto los expondremos en un capítulo especial junto con las ideas políticas de Locke que son la antítesis de las suyas.

### 15) *Juan Locke*

(1632-1704)

Locke es el fundador del sensualismo inglés, teoría que ya está en germen en Hobbes. Sostiene una polémica contra los racionalistas que le hace comprender la necesidad de determinar, ante todo, el origen y los límites de nuestros conocimientos. Esto es el objeto de su famosa obra «*Essay concerning human understanding*» en la cual quiere hacer la crítica de nuestra razón, tropezando, empero, con las dificultades de la posición empírica.

Empieza por negar la existencia de ideas ingénitas, aduciendo como prueba que no se manifiestan éstas en los niños. El alma es una «*tabula rasa*». Todos nuestros conocimientos adquirimos por la experiencia que es doble: externa e interna, o sea sensación y reflexión. Aquélla es la percepción de los objetos externos por medio de los sentidos externos, ésta la de los procesos psíquicos por el sentido interno. Esta distinción entre los sentidos externos y un sentido interno separa a Locke de los sensualistas posteriores, como Condillac, que no admiten el sentido interno. Se deberían pues agregar, para caracterizar exactamente la posición de Locke, a la conocida frase: «*Nil est in intellectu, quod non fuerit in sensu*», las palabras «*externo et interno*».

Nuestras percepciones constituyen ideas simples que conservamos por la memoria y se combinan con las nuevas percepciones. Se forman así las ideas compuestas o complejas de las cuales distingue tres clases: Ideas de sustancias, de cualidades modificadas y de relaciones. Ellas nos dan las abstracciones y generalizaciones; pero no siempre coincide este proceso con la realidad. Nuestro conocimiento es relativo, es humano. Locke se da cuenta que no conocemos los hechos y las cosas, sino los efectos psicológicos que éstos producen en nosotros. Trata de averiguar en consecuencia si podemos distinguir lo objetivo y lo subjetivo y llega a la conclusión que hay



propiedades *primarias* en las cosas que están en las mismas, y *secundarias* que nuestro espíritu pone en ellas. Propiedades primarias, necesarias y comunes a todos los cuerpos son la extensión, la gravedad, la impenetrabilidad; secundarias son el color, el sonido, el sabor, el olor, etc. El objeto resulta así un conjunto de atributos, pero lo que los reúne no lo conocemos. El empirismo tiene que abordar aquí el problema de la sustancia que Locke considera un concepto innecesario. Evita llegar a las conclusiones extremas de su posición filosófica por prudencia y su inconsecuencia ha dado lugar a que hayan surgido de sus doctrinas dos escuelas diametralmente opuestas, una materialista y la otra idealista, aquélla representada por Condillae, ésta por Berkeley.

#### 16) *Las teorías políticas de Hobbes y de Locke*

Antes de seguir adelante la serie de los filósofos ingleses, debemos considerar un aspecto interesante de la filosofía empírica: Las consecuencias políticas que deducen de ella Hobbes y Locke, con resultados completamente antagónicos.

Bacon había dicho que solamente la naturaleza es objeto de nuestras investigaciones; que las relaciones éticas también provienen de la naturaleza y que hay que explicarlas por leyes naturales. Esta concepción adquiere importancia excepcional en Inglaterra por la evolución política, caracterizada en el siglo XVII por la tendencia de los Estuardos de querer imponer el absolutismo. Se someten a la crítica las teorías sobre la mejor forma de gobierno y la filosofía, tan eminentemente práctica y ligada al interés político, tiene que abordar estas cuestiones.

Hobbes, partidario de los Estuardos, ha expuesto sus teorías políticas en sus libros «*De cive*» y sobre todo en el «*Leviathan*», donde profesa la doctrina de un absolutismo extremo. Ya que para el empirismo no existen el bien y la justicia a priori, como para el racionalismo, afirma Hobbes que el hombre en el estado natural no tenía leyes morales que regían sus actos. Rechaza la teoría aristotélica de que el hombre es un ser sociable por instinto y sostiene que el estado primitivo era un estado continuo de guerra de todos contra todos.

Homo homini lupus. Para salir de esta situación insostenible celebraban los hombres un contrato, renunciando a esta libertad absoluta. Depositaban todo el poder en manos de una autoridad, el Estado, a quien prestaban obediencia incondicional en cambio de protección. Poder y derecho son sinónimos y el monstruo de Estado — el título «Leviathan» es significativo — fija arbitrariamente hasta los conceptos del bien y del mal. Emancipado Hobbes de todo dogmatismo religioso, niega la existencia de leyes morales fuera del contrato. Predice la intolerancia más absoluta y sostiene que la religión, como superstición oficial, consagrada, debe imponerse para servir de arma eficaz al Estado.

Estas ideas no triunfan en Inglaterra, pero sí en Francia, donde el absolutismo de Luis XIV realiza el ideal de Hobbes.

Si Hobbes se puede llamar el fundador del absolutismo teórico, Locke es el padre del constitucionalismo moderno. Al contrario de aquél, Locke responde a la tendencia liberal que triunfó con Guillermo III en Inglaterra.

Locke adopta el mismo punto de partida de Hobbes, la doctrina contractual, pero no adopta su ateísmo, y su teoría del contrato tiene otro objeto y otro alcance, completamente distintos. Para Locke la institución del Estado es cuestión de interés; el Estado tiene por objeto promover el bienestar común. Para que el poder no incurra en abusos, se debe dividir. El hombre trata de conservar la mayor libertad posible; se ceden al Estado solamente los derechos indispensables para la realización de su objeto. Locke tiende a afirmar la libertad. Aquí se sistematizan las ideas-madres del sentimiento liberal. El no las creó; es en el ambiente inglés de donde las ha recogido. Locke concreta en cada caso la libertad: seguridad de la persona, libertad del pensamiento y exteriorización del pensamiento, derecho de propiedad, tolerancia religiosa. Locke es el primero que afirma la tolerancia religiosa como doctrina filosófica, menos — curiosa inconsecuencia — para el ateísmo. Nuestros conocimientos, dice, no son absolutos y si nadie posee la verdad absoluta, todos podemos tener una parte de la verdad. Esta teoría deriva de los hechos. En Inglaterra existían muchas sectas religiosas y para dar fin a sus continuas luchas había que realizar la tolerancia.

Obedeciendo a sus ideas del derecho natural, las colonias inglesas de América se dan sus constituciones y ellas determinan la vida política. Todo el desarrollo francés del siglo XVIII está supeditado a las doctrinas de Locke: Montesquieu y Voltaire, sobre todo, divulgan sus ideas en Francia. Algo cambia en su forma, pero el fondo es el mismo. Esta evolución culmina en la proclamación de los derechos del hombre. Se ha dicho que las ideas liberales francesas que conducían a la revolución, fueron traídas de Norte América. Pero, en realidad, ambos movimientos, tanto la emancipación norteamericana, como la revolución francesa, han surgido de la misma fuente: del sistema político de Locke.

17.) *Jorge Berkeley.*

(1685-1753)

Ya hemos dicho que, partiendo de Locke, se ha llegado a dos conclusiones opuestas.

Si aceptamos que los atributos no están en los objetos y que los primarios conocemos también por los sentidos, podemos deducir que todas las sensaciones son de orden subjetivo y nos dan únicamente nuestra manera de concebir. Todo se reduce a un proceso psíquico y si suprimimos todos los atributos secundarios y primarios no queda nada del objeto; queda solamente el fenómeno psíquico. Desaparece el mundo real y llegamos a un idealismo. El mundo físico no existe más que en nuestro espíritu.

El obispo Berkeley formula esta conclusión. Se apodera de la filosofía de Locke y la lleva a sus últimas conclusiones: *Esse est percipi*. Existir es ser percibido por un espíritu consciente, y fuera de la percepción no hay existencia para las cosas no pensantes. La única realidad son los espíritus pensantes y sus funciones (ideas y voliciones).

Entre nuestras representaciones podemos observar dos órdenes: unas forzosas, otras arbitrarias. Las representaciones forzosas de los espíritus finitos son producidos por un espíritu superior en el cual las conocemos, en Dios. Nosotros podemos producir solamente las falsas, subjetivas, en sueños e ilusiones. Lo que distingue las representaciones forzosas de

las arbitrarias es su regularidad, irresistibilidad y fuerza. Esta teoría debería haber llevado a Berkeley lógicamente al panteísmo: Un espíritu superior que contiene a todos.

Ideas abstractas no admite Berkeley. «Me es imposible, dice, concebir la idea abstracta de un movimiento sin un cuerpo que se mueve, la de un movimiento que no sea rápido ni lento, curvilíneo ni rectilíneo, y esto es verdad de cualquier otra idea general abstracta.»

Hay un error en el pensamiento de Berkeley. Dice que los objetos no tienen razón de ser y que la materia es un concepto mental que no podemos comprobar. Pero lo que invalida la sustancia exterior, invalida también la sustancia del Yo. El «Yo» no nos es dado. Conocemos solamente su actividad, pero no su sustancia.

La filosofía inglesa que se proponía hacer una filosofía de las cosas y desechar la metafísica, ha tenido, pues, que encerrarla y se le ha desvanecido el mundo físico.

La orientación metafísica, sin embargo, no ha tenido tanta influencia en Inglaterra como la empírica. Después de Berkeley no hay más sistema completo importante y se rehuye la discusión de las grandes cuestiones. Se establecen afinidades entre el empirismo y el racionalismo y en Malebranche tenemos un idealismo parecido al de Berkeley.

18.) *David Hume.*

(1711-1776)

Hume hace al sistema de Berkeley la observación fundamental y demuestra lo inconsistente de estas conclusiones metafísicas, pero no resuelve nada positivo. Llega al escepticismo, posición de la cual no encuentra salida.

En su obra principal «*Enquiry concerning human understanding*» analiza primeramente el origen de las representaciones. Distingue impresiones (las sensaciones vivas, cuando oímos, sentimos, queremos, odiamos, etc.) e ideas (las sensaciones menos vivas de memoria o de imaginación, cuando reflexionamos sobre una impresión).

Todas nuestras ideas son copias de percepciones que recibimos por la experiencia externa e interna. Solamente la com-

binación de estas percepciones es obra del entendimiento o de la voluntad.

La combinación de las percepciones entre ellas descansa sobre los tres principios de la asociación: Analogía, conexión en el espacio y en el tiempo, causa y efecto.

Todos los objetos del pensamiento humano pueden dividirse en dos clases: Relaciones de ideas (axiomas de la geometría, aritmética, etc., todo juicio cuya evidencia se funda sobre la intuición o demostración) y hechos (todo juicio referente a estos descansa sobre la relación de causa y efecto).

Hume analiza luego el concepto de causa y demuestra que no tiene fundamento: A un hecho sigue otro, pero no podemos explicarnos la relación causal porque no nos es dada en la experiencia. No hay nada más que un motivo racional, pero no real. El origen del concepto de causa se encuentra en la costumbre por la cual esperamos, si se repiten casos parecidos, al realizarse un fenómeno la realización del otro que ya hemos visto ligado con el primero. No se puede pues conocer un conexo objetivo entre causa y efecto, y Hume niega la posibilidad filosófica de salir por medio de este concepto de la experiencia y sacar conclusiones relativas a Dios, y la inmortalidad del alma.

Su ética hace descansar Hume — parecido en esto a Espinoza — sobre el placer o el disgusto que nos causa una acción. El afecto principal es la simpatía de un hombre para el otro. Todo lo que beneficia a la sociedad es bueno; no lo que beneficia solamente al individuo.

La importancia de Hume es muy grande, sobre todo por la influencia que ha ejercido sobre Kant. Dice este mismo, en el prefacio a sus prolegómenos, que la indicación de Hume interrumpió su adormecimiento dogmático y dió a sus investigaciones en el campo de la filosofía especulativa una dirección completamente distinta.

JUAN PROBST.

(Continuará.)

## A Kant

Criticaste la vieja ontología,  
Escrutando la misma *razón pura*  
Con lógica de austera contextura,  
Que del valor del logos desconfía.

Y al tiempo que tu *critica* a porfía  
Los postulados clásicos abjura,  
Como el ansia del *noúmeno* perdura  
En tu mente que torres demolía:

Hubiste de forjarte propia torre,  
La *libertad* en ella colocando,  
Con que en *respeto* y *dignidad* el hombre  
Los amplios campos del obrar recorre,  
Mientras la aviesa *inclinación* domando,  
La *máxima* obedece de su nombre.

D. DE ALBERTI.

## SECCION LETRAS

### Sobre la educación estética del hombre

---

UNA SERIE DE CARTAS DIRIGIDAS AL DUQUE DE HOLSTEIN-AUGUSTENBURG por FEDERICO SCHILLER.

(Traducido por J. P.)

#### PRIMERA CARTA

Así que usted me quiere permitir exponerle en una serie de cartas los resultados de mis investigaciones sobre lo bello y el arte. Vivamente siento la dificultad, pero también el atractivo y la dignidad de esta empresa. Hablaré de un asunto que tiene una relación inmediata con lo mejor de nuestra felicidad y una no muy lejana con la nobleza moral de la naturaleza humana. Defenderé la causa de la belleza ante un corazón que siente todo su poder y que cargará en una investigación donde es necesario apelar tan pronto a los sentimientos como a los principios con la parte más difícil de la empresa.

Lo que pensaba pedirle como un favor, me lo hace usted magnánimamente un deber y me concede la apariencia de un mérito, cuando obedezco solamente a mi inclinación. La libertad en la exposición que usted me prescribe, no es una coacción, sino una necesidad para mí. Poco ejercitado en el uso de las formas consagradas, correré difícilmente el peligro de pecar contra el buen gusto por el abuso de las mismas. Mis ideas, productos más del trato monótono conmigo mismo que de una rica experiencia empírica o adquirida por la lectura, no desmentirán su origen; podrán ellas ser culpadas de cualquier otro defecto menos del de ser sectarias y será más fácil que se caigan por su propia debilidad de que se mantengan por autoridad y fuerza ajenas.

Sin embargo, no quiero ocultarle a usted que son, en su mayoría, principios kantianos sobre los cuales descansan las afirmaciones siguientes; pero atribúyelo a mi incapacidad, no a aquellos principios, si en el curso de estas investigaciones fuera recordado usted a alguna escuela filosófica. No, la libertad de su espíritu será para mí inviolable. Su propio sentimiento me dará los hechos sobre los cuales edifico; su propio libre entendimiento me dictará las leyes según las cuales tendré que proceder.

Sobre aquellas ideas que dominan en la parte práctica del sistema kantiano, discuten únicamente los filósofos, pero los hombres — me atrevo a probarlo — estuvieron de acuerdo sobre ellas en todo tiempo. Que se las desprenda de su forma técnica y aparecerán como las sentencias ya vetustas de la razón común y como hechos del instinto moral, a quien puso la sabia naturaleza como tutor para el hombre hasta que la inteligencia despejada lo emancipa. Pero justamente esta forma técnica que revela la verdad al entendimiento, la oculta, en cambio, al sentimiento; porque, por desgracia, tiene el entendimiento que destruir primeramente el objeto del sentido interno, si quiere apropiarse de él.

Como el químico, encuentra también el filósofo solamente por el análisis, la síntesis y solamente por la tortura del arte la obra de la naturaleza espontánea. Para coger el fenómeno fugaz, tiene que atarlo con las cadenas del método, desmenuzar su hermoso cuerpo en conceptos y conservar su espíritu vivo en un pobre esquema de palabras. ¿Es, pues, de extrañar, si el sentimiento natural no se reconoce en semejante imagen y si la verdad aparece en la exposición del que analiza como una paradoja?

Tenga, pues, también usted un poco de indulgencia conmigo, si las investigaciones siguientes alejarían su objeto de los sentidos al querer aproximarlos al entendimiento. Lo que vale allá para las experiencias morales, tiene que valer en mayor grado aún del fenómeno de la belleza. Toda la magia de la misma des cansa sobre su secreto, y con la necesaria unión de sus elementos se desvanece también su esencia.



## SEGUNDA CARTA

¿Pero no debería hacer, quizás, mejor uso de la libertad que usted me ha concedido, que ocupar su atención con el tema de las bellas artes? ¿No es, por lo menos, extemporáneo buscar la ley para el mundo estético, cuando los problemas de la moral ofrecen un interés tanto más inmediato y cuando el espíritu de investigación filosófica es llamado con tanta insistencia por las circunstancias a ocuparse de la más perfecta de todas las obras de arte, de la elaboración de una verdadera libertad política?

No me placería vivir en otro siglo y haber trabajado para otro. El hombre es tanto ciudadano de su época como de su país, y si se tiene por impropio y hasta ilícito sustraerse a las costumbres y las modalidades del ambiente en el cual se vive, ¿por qué va ser menos deber el tomar en cuenta, al escoger su campo de acción, la necesidad y el gusto del siglo?

Y esto no parece de ninguna manera favorable al arte al cual pienso dedicar mis investigaciones. El curso de los acontecimientos ha impreso al genio de la época una dirección que amenaza alejarlo más y más del arte del ideal. Tiene que abandonar éste la realidad y sobreponerse audazmente a la necesidad; porque el arte es un hijo de la libertad, y de la necesidad de los espíritus, no de la materia quiere recibir su ley. Pero ahora reina la necesidad material y doblega la caída humanidad bajo su yugo tiránico. "La utilidad" es el gran ídolo de la época, a quien deben tributar todas las fuerzas y prestar homenaje todos los talentos. Sobre esta balanza grosera no pesa el mérito espiritual del arte y, privado de todo estímulo, desaparece de la feria ruidosa del siglo. Hasta la investigación filosófica arrebatada a la imaginación un baluarte tras otro y los límites del arte se estrechan a medida que los de la ciencia se amplían.

Llenos de expectativa se dirigen las miradas del filósofo como las del estadista hacia la escena política donde se decide ahora, como se supone, la suerte de la humanidad. No demuestra una

indiferencia criticable contra el bien de la sociedad el no participar de esta discusión general? Tan de cerca como importa este gran pleito, por su contenido como por sus consecuencias, a quien se llama hombre, tanto debe interesar, por la manera como es encarado, a todo pensador independiente. Un problema que antes fué solucionado únicamente por el ciego derecho del más fuerte, ha sido llevado ahora, según parece, delante del tribunal de la razón pura, y quienquiera que sea capaz de trasladarse al centro del todo y generalizar su individualidad en la especie, puede considerarse asesor de aquel tribunal de la razón, ya que como hombre y ciudadano del mundo es al mismo tiempo parte y se ve afectado más o menos intensamente por su resultado. No es, pues, solamente su propia causa la que se decide en este gran pleito; debe juzgarse también según leyes que él mismo, como espíritu racional, es capaz y habilitado de dictar.

¿Qué atracción debería tener para mí la investigación de semejante asunto con un pensador tan inteligente como liberal y dejar la solución a un corazón que se dedica con hermoso entusiasmo al bien de la humanidad? ¡Qué agradable sorpresa de encontrarme con su espíritu libre de prejuicios sobre el campo de las ideas en el mismo resultado, a pesar de la diversa situación y del gran distanciamiento que exigen las imposiciones del mundo real! Que me resisto a esta hermosa tentación y que hago preceder la belleza a la libertad, creo no solamente poder disculpar con mi inclinación, sino también justificar con mis postulados. Pues espero poderle convencer a usted que el tema es mucho menos ajeno a la necesidad cuanto al gusto de la época, y digo más, que para solucionar aquel problema en la experiencia, se debe tomar el camino por el problema estético, pues es la belleza por la cual se llega a la libertad. Pero esta demostración no puedo hacer sin recordarle a usted los principios por los cuales se guía la razón, en general, al dictar leyes políticas.

### TERCERA CARTA

La naturaleza no trata al hombre mejor que a sus demás creaciones: ella obra por él, cuando el mismo no puede aún obrar como inteligencia libre. Pero justamente lo que le hace hombre es que no se resigna con lo que la naturaleza hizo de él, sino que posee la facultad de volver, por medio de la razón, sobre los pasos que aquélla anticipó con él, de transformar la obra de la necesidad en una obra de su libre albedrío y de elevar la necesidad física a una moral.

Despierta de su sueño sensual, se reconoce "hombre", echa una mirada a su alrededor y se encuentra en el Estado. La fuerza de las circunstancias lo arrojó allí antes que le fuera posible elegir libremente esta situación; la necesidad organiza al Estado según las leyes de la naturaleza, antes que el hombre podía hacerlo según las leyes de la razón. Pero con este Estado de emergencia que había surgido solamente de su naturaleza física y que era también destinado exclusivamente para ella, no podía y no puede conformarse el hombre como personalidad moral — y desgraciado de él si lo pudiera! Se emancipa, pues, con el mismo derecho que le da su condición de "hombre", de la tiranía de una ciega necesidad, como se desliga de ella en tantos otros actos por su libertad; como borra, para dar un ejemplo, el carácter grosero que la necesidad imprimió al amor sexual, por la moralidad y lo ennoblece con la belleza. Así recupera, de una manera artificial, en su edad madura, su infancia, se forma un estado natural en la idea, que, aunque no le es dado en la experiencia, sin embargo, se le impone necesariamente por su condición de ser racional; se imagina en este estado ideal una finalidad que no conocía en su estado real, y una libre determinación de la cual no era capaz entonces, y procede ahora del mismo modo, como si comenzara de un principio y como si cambiara el estado de independencia con el estado de los contratos, merced a su clara inteligencia y libre resolución. Cuán ingenioso y firmemente hubiese fundado la ciega necesidad su

creación, cuán arrogantemente la sostuviese y con qué nimbo de venerabilidad la rodease — él puede considerarla, en esta obra, como no realizada en absoluto; porque la creación de fuerzas ciegas no posee ninguna autoridad ante la cual tuviese que inclinarse la libertad, y todo tiene que someterse a la más alta finalidad que para su personalidad erige la razón. Así nace y se justifica el intento de un pueblo que ha llegado a la mayor edad, de transformar su estado natural en uno moral.

Este estado natural (denominación que puede darse a cualquier cuerpo político que deriva su organización originariamente de fuerzas, no de leyes) está en oposición, por cierto, con el hombre moral, a quien debe servir como ley únicamente la legalidad absoluta; pero, sin embargo, es justamente suficiente para el hombre físico que se da leyes solamente para transigir con fuerzas. Ahora bien, el hombre físico es, empero, real, y el moral, únicamente problemático. Si anula, pues, la razón al estado natural, como debe hacerlo necesariamente, si quiere poner el suyo en el lugar de éste, entonces se arriesga en sustituir al hombre físico y real por el moral problemático, a la existencia de la sociedad por un ideal de sociedad solamente posible, aunque moralmente necesario. Quita al hombre algo que posee realmente y sin lo cual no posee nada, y le asigna, en cambio, algo que podría y debería poseer, y si hubiera confiado demasiado en él, le hubiera arrancado, a trueque de una humanidad que le falta todavía y que le puede faltar, sin perjuicio de su existencia, hasta los medios para la animalidad, que es no obstante, la condición de su humanidad. Antes que hubiera tenido tiempo de agarrarse con su voluntad a la ley le hubiera quitado debajo de los pies el sostén de la naturaleza.

La gran dificultad consiste, pues, en que la necesidad física no debe cesar un momento durante el tiempo en el cual se forma la sociedad moral en la idea, que por la dignidad del hombre no debe peligrar su existencia. Si el artífice tiene que arreglar el mecanismo de un reloj, hace parar las ruedas; pero el mecanismo del Estado tiene que ser reparado, mientras está en funcionamiento, y se trata allí de cambiar la rueda en rotación. Hay que buscar, por consiguiente, para la continuación de la sociedad

un punto de apoyo que la independiza del estado natural a quien se quiere disolver.

Este apoyo no se encuentra en el carácter natural del hombre que tiende, en su egoísmo y violencia, más bien a la destrucción que a la conservación de la sociedad; no se encuentra tampoco en su carácter ético que, según la premisa, debe formarse recién y sobre el cual, porque es libre y no se manifiesta nunca, no podría jamás accionar ni contar, con seguridad, el legislador. Se trataría, pues, de separar del carácter físico la arbitrariedad y del moral la libertad, — se trataría de hacer al primero concordante con leyes, y al segundo, independiente de imposiciones, — se trataría de alejar aquél un poco más de la materia y aproximar a éste un poco más a la misma — para producir un tercer carácter que, afín a ambos, facilitase una transición del imperio de meras fuerzas al imperio de las leyes, y que, sin estorbar al carácter moral en su evolución, se constituyese, al contrario, en prenda sensible de la moral invisible.

---

## La talla y el ambiente

---

(MONOGRAFÍA PRESENTADA PARA ANTROPOLOGÍA)

### *El primer paso.*

Al tratar la presente cuestión, como primer elemento de juicio, fijemos nuestra mirada sobre el mapa antropológico de la talla. Dos hechos, aparentemente contradictorios, resultan de tal examen: 1.º, la convivencia, unos al lado de otros, de pueblos de talla muy diversa, como ocurre con los noruegos y lapones en Europa, los cafres y bosquímanos en Africa, los polinesios por una parte y los papuanos y negritos por la otra, en Oceania, etc., y 2.º, talla también muy diferente en fracciones de un mismo pueblo que habitan países distintos, tal sucede con los celtas del centro de Francia, que son de talla baja, y los de Irlanda y el país de Gales, que alcanzan, por el contrario, alta estatura; con los bávaros de la llanura, más pequeños que los de las regiones montañosas, y con los anglo-sajones de Norte América, de mayor elevación que los de Europa.

El primero de estos hechos, que parece contrario a la influencia del medio, si bien podría explicarse admitiendo un origen poligenista, o suponiendo una existencia anterior de aquellos pueblos en ambientes distintos, o ambas circunstancias a la vez, no ofrece, por lo demás, dato alguno en que pueda apoyarse la inducción, por presentarse como un estado aislado, cuyos antecedentes son desconocidos.

El segundo, por lo contrario, favorable a tal influencia, puede proporcionar verdaderos elementos de inducción científica, ya que es factible precisar las condiciones de su desarrollo, y constatar con datos estadísticos las variaciones de la talla media y

las alteraciones del ritmo del crecimiento producidas por el cambio de medio.

*La influencia del medio comprobada por los datos estadísticos.*  
— *Conclusiones a que conducen las estadísticas americanas.*

Quételet señala como circunstancia favorable a la talla alta la residencia en las ciudades, y así explica el porqué de la mayor estatura de la población urbana en Bélgica con respecto a la del campo (1). M. Beddoe, á su vez, halla para la población inglesa resultados diametralmente opuestos, que, siguiendo la lógica de Quételet, conducirían a conclusiones contrarias a las señaladas por éste. Error en que no incurre M. Beddoe, pues inmediatamente advierte que se trata de un fenómeno complejo, en que intervienen causas múltiples, entre las que señala la influencia de la raza, la selección variable según las circunstancias que operen en las ciudades, la higiene, el alcoholismo y el abuso del tabaco (1).

Sin embargo, Quételet, al afirmar que el bienestar es favorable al desarrollo de la talla, mientras que la pobreza y las grandes fatigas impiden el crecimiento (2), ha establecido una verdad incontrovertible, como lo demuestran las estadísticas de M. Roberts y de M. Pagliani (3), cuyos promedios atestiguan un mayor desarrollo para la clase acomodada que para la clase pobre. En cuanto a la segunda parte, o sea a la influencia de los trabajos pesados, será suficiente señalar la talla inferior de los marinos americanos, sometidos a rudas tareas, con respecto a los soldados de tierra de la misma nacionalidad (4).

Pero si tales resultados comprueban cierto grado de influencia en favor de determinadas circunstancias, no puede pretenderse en manera alguna dar a éstas un valor decisivo. Para alejar semejante ilusión baste recordar a los irlandeses que habitando un país pobre, son más altos que los ingleses, que viven en un país rico.

El estudio de las estadísticas americanas transcritas por Topinard y por Ranke nos permite observar:

---

(1) Topinard. *Éléments d'Anthropologie Générale.*  
(1-3 4) Topinard. l. c.  
(2) Ranké. *L'Uomo.*

1.º Que los americanos (europeo-americanos) superan, no sólo la talla media del europeo, sino también la talla media de la nación que en Europa la tiene más elevada, fenómeno que también se advierte en la población negra con respecto a la del país de origen.

2.º Que este aumento de talla no se ha adquirido en una sola generación, pues los hijos de extranjeros son más bajos que los hijos de americanos.

3.º Que la influencia favorable a la talla elevada se acentúa por lo general con el desplazamiento de la población hacia el oeste, como lo prueban el aumento progresivo de los promedios a medida que se avanza del Atlántico al Pacífico, y la mayor talla media de los americanos emigrados a las regiones occidentales antes de su completo desarrollo, con relación a la de sus connacionales no emigrados.

Y 4.º Una notable variación en el ritmo del crecimiento, la que se manifiesta por un superior desarrollo en sus distintos períodos y por la mayor duración total de éstos.

Ni la propensión a emigrar de las razas elevadas, apuntada por Topinard (1), ni la poco admisible mezcla con los negros e indígenas indicada por Aranzadi (2), explican en manera alguna estos resultados; pues en cualquiera de los casos resulta la talla de los descendientes superior a la de los progenitores.

No será, por tanto, infundado admitir cierta influencia del medio sobre el desarrollo definitivo de la talla. Pero de aquí a precisar tal influencia, a determinar sus leyes, a aquilatar el valor real de cada uno de los elementos que constituyen ese algo complejo que llamamos "medio", hay ciertamente mucho camino que recorrer.

*Factores apuntados por Topinard y por Ranke. — Puntos en que estos dos antropólogos coinciden y puntos en que se contradicen.*

Topinard (3) señala como causas probables de las variaciones del ritmo del crecimiento y de la talla definitiva observadas con respecto a los americanos, la influencia del sol americano.

(1-3) Topinard, l. c.

(2) Aranzadi, lecciones de Antropología.



olvidar que las condiciones externas influyen particularmente en la talla, pero no directamente, sino como condiciones de utilización social de la fertilidad, de régimen alimenticio y de trabajo, de higiene física y moral, de habitación, etc., en la época del crecimiento. En este último respecto no ha podido el ruralismo castellano compensar la diferencia con las industriales Cataluña y Vasconia, debida a condiciones intrínsecas o extrínsecas, pero no al clima ni a la fertilidad" (1).

*Los estudios de M. Boudin en Francia. — Importancia que concede a la herencia.*

M. Boudin (2) al observar que la mayor talla en Francia corresponde a las comarcas del N. y NE., donde es notoria la mezcla con elementos germanos de más alta estatura que los galos, cuyos descendientes ocupan las regiones del centro, sur y oeste, dice, refiriéndose a dos mapas de la distribución geográfica de la talla, que inserta en su obra: "Una simple ojeada sobre estos dos mapas muestra, contrariamente a lo que se ha creído hasta aquí, cuan independiente es la talla del bienestar y de la miseria, y cuan estrechamente subordinada está, al contrario, a la raza, o en otros términos, cuán grande es el papel de la herencia."

Más adelante agrega: "Se ha notado frecuentemente una talla excepcionalmente elevada en las clases aristocráticas de la población; pero yerran algunos autores que han atribuído a una alimentación más abundante esta diferencia, que, según nosotros, debe ser atribuída a una influencia hereditaria y a la selección." Da a continuación dos relaciones contrarias a su tesis:

La de Volney, quien dice, hablando de los beduinos, que son más bajos los que viven en el interior del desierto, y más altos los de las fronteras de países cultivados, pero aun estos siempre inferiores en estatura a los agricultores vecinos. También halla diferencia en las clases sociales: "Les cheiks, c'est-à-dire, les riches et les serviteurs, étaient toujours plus grands et plus charnus que le peuple." Luego añade: "No se debe atribuir la causa sino a la alimentación, que es más abundante para la pri-

(1) T. Aranzadi, trabajos publicados en el tomo XII de la revista *Estudio*.

(2) M. Boudin, *Études ethnologiques sur la taille et le poids de l'homme chez divers peuples*.

el género de vida, y más que nada, el cruzamiento de razas múltiples que, según él, favorecería la transformación de los caracteres.

Ranke (1), refiriéndose al mismo hecho, después de afirmar como una verdad indiscutible la influencia del medio sobre la talla, consigna la observación, altamente significativa, hecha por Gould, cuyos datos estadísticos reproduce, de que los irlandeses emigrados a la América del Norte antes de terminar su crecimiento, bajo la influencia del nuevo medio, alcanzan mayor talla en las regiones en que los americanos son también más altos.

Y abundando en consideraciones sobre el particular, cita la gran semejanza de los franceses y los egipcios de hoy con los antiguos habitantes de las mismas regiones, á pesar de los repetidos cruzamientos con razas diversas. Semejanzas que se comprueban por las descripciones, estatuas, pinturas y restos antropológicos que llegaron hasta nosotros.

Coincide con Topinard al atribuir a la actividad una influencia positiva en el desarrollo de la talla. Pero deja muy mal parada la causa señalada por éste como más importante en favor de la mayor estatura de los americanos, al constatar que en Europa los pueblos que se conservan más puros (escandinavos y escoceses) superan en talla a los de sangre mezclada.

Tomando como base sus estudios en Baviera, afirma que, por regla general, el crecimiento es menor en los distritos urbanos que en los rurales, y que ha podido comprobar que la talla inferior en los últimos con respecto a los primeros, coincidía con la presencia de causas poderosísimas que cooperaban a la degeneración del desarrollo del cuerpo, por ejemplo, gran pobreza o trabajos excesivamente pesados. También hace notar que la población es más alta en las regiones montañosas que en las llanas. Fenómenos que atribuye a la mayor actividad muscular a que es ocasionada la vida del campo, y a la mejor alimentación, particularmente durante la época de la lactancia, de que disfrutaban los pobladores de las comarcas serranas en Baviera.

“No puedo menos de pensar — dice refiriéndose a esto último — que la estatura relativamente pequeña de la población bá-

---

(1) Ranke, l. c.

vara de la llanura, una vez robusta, tenga un cierto nexo con la frecuencia de la raquitis, ya en las regiones montuosas meridionales, como ocurre en el Tirol, donde la leche materna constituye el alimento principal de los niños de pecho, se encuentran cuerpos de formas notablemente más grandes y más bellas."

Señala con R. Virchow la existencia de regiones castigadas con la frecuencia de enfermedades que reducen la talla o alteran su desarrollo, como ocurre con el cretinismo, el raquitismo, la escrófula, etc., lo que cree que debe tener su origen en condiciones especiales del medio. Refiere el hecho de que, según una estadística bávara, la talla media es menor en las regiones donde es mayor la mortalidad infantil. Y concluye transcribiendo la opinión del profesor Riccardi: "A acelerar o retarda el arribo de la estatura definitiva concurren en máxima parte los factores individuales, o modificadores de la estatura, los cuales son el sexo, la condición social, la alimentación, las enfermedades, etc., los que pueden en su conjunto tener aún más influencia que la raza en hacer variar la época de la estatura definitiva."

*Las conclusiones de T. Aranzadi con respecto a la talla en España.*

Telesforo Aranzadi, al tratar de la talla en España, se expresa en los siguientes términos: "El hecho de que las dos mesetas centrales sean de población de menor estatura, relaciona Sánchez con la mayor fertilidad del suelo y la mayor dulzura del clima en la periferia; pero ¿podría ser ésta la explicación que se dé a la mayor estatura de Guipúzcoa y Vizcaya, comparadas con Pontevedra, Lérida y Huesca, comparadas con Andalucía y Murcia, y más en particular con Jaén, Almería y Córdoba, o a la comparación de éstas con el Rif? ¿Se explicaría así la mayor estatura de Asturias comparada con Lugo? ¿Hemos de considerar como fertilidad y dulzura el que llueva en Guipúzcoa tanto como en Galicia, pero la tierra sea en gran parte arcillosa y las uvas no acaben de madurar?? No hay que olvidar que primero se había de demostrar la igualdad de composición antropológica por otros caracteres, antes de tender a explicar la diferencia de estatura por circunstancias externas, como lo hizo Collignon en limusinos y perigurdinos, no con la igualdad, pero sí con la identidad en la diferencia; como tampoco se debe

mera clase que para la última." E insiste, hablando de los egipcios: "Los fellahs del Egipto son árabes que han invadido al Egipto en el año 640; son agricultores o artesanos. Han conservado su fisonomía original, pero han adquirido una talla más elevada, efecto natural de una nutrición más abundante que la del desierto."

Y la de Forster, concordante con las de Bougainville y de Cook, quien ha comprobado que en Taití los jefes eran muy superiores a la gente del pueblo por su alta estatura, su corpulencia y la elegancia de sus formas.

Finalmente, hace resaltar, confrontando los datos estadísticos, la diferencia de talla media que hay entre algunas provincias francesas contiguas, en las que, según todas las apariencias, predomina el mismo ambiente, como ocurre, según él, en Bretaña y Normandía. Y cierra la cuestión en los siguientes términos: "En resumen, sin negar de una manera absoluta la influencia del medio sobre la talla del hombre en general, creemos, en lo que se refiere á Francia, que la talla es, ante todo, la expresión de la raza."

*La constitución geológica, la altitud y la latitud como factores que contribuyen a modificar la talla.*

Los estudios hechos por MM. Eugene Pittard y J. Kappeyne (1) sobre la talla en el cantón de Vaud, en Suiza, si bien adolecen del defecto de referirse a muy reducido número de sujetos, no dejan de tener cierto interés para el presente, particularmente en lo que atañe a los dos puntos siguientes:

1.º La influencia de la constitución geológica del suelo. — M. Durand de Gros concede una importancia decisiva a la constitución geológica de las capas que determinan la composición de las aguas que se beben, como factor determinante de la estatura (1). Por su parte, los autores que nos ocupan, han hallado que la mayor talla media predomina en el centro del cantón, en los terrenos de molasa de agua dulce y en los recientes, pero

---

(1) MM. Eugène Pittard et J. Kappeyne, *La Taille humaine en Suisse* (Extrait du *Journal de statistique suisse*, 44e année, 1906).

(2) Topinard, l. c.

recorridos por corrientes de agua venidas en parte del Jura, y también en los distritos de carácter jurásico. Mientras que las regiones ricas en molasa marina presentan la talla más reducida. "Parecería — dicen — que las regiones calcáreas, o recorridas por aguas calcáreas, son más favorecidas en el crecimiento del esqueleto de las poblaciones que las habitan." Pero dejan constancia de que MM. Pittard y Karmin hallaron en el cantón de Valais la talla más elevada en los terrenos cristalinos.

2.º La influencia de la altitud. — Consideran cinco localidades de una altura media de 1.000 metros, y hallan una talla media inferior en 15 mm. a la del cantón, e inferior también a la de cada uno de diez y siete distritos de los diez y nueve que constituyen el cantón. Lo cual les da el parecer de que las grandes alturas no son favorables al aumento de la talla. No obstante, agregan: "En el cantón de Valais, MM. Pittard y Karmin habían notado que entre 700 y 1.000 metros, la talla permanecía estacionaria con relación a la media de las alturas menores que aquélla. Pero que a partir de los 1.000 metros, la talla se eleva." Y concluyen con la siguiente reflexión: "No olvidemos que el factor altitud debería ser examinado conjuntamente con otros factores, particularmente la composición geológica." Sin embargo, en un concepto general, parecería más fundado suponer la altitud estrechamente vinculada con la latitud, pues es evidente que altitudes que en las zonas templadas producen circunstancias propias de las regiones glaciales, dan como resultado en la zona tórrida las favorables condiciones de las primeras.

Si se tiene en cuenta que la mayor talla media se encuentra en las zonas templadas, y la habitual indolencia de los pobladores de la zona tórrida, así como la forzada inacción a que se ven sometidos los habitantes de las regiones hiperbóreas, no será aventurado conceder cierto grado de influencia a la latitud, en la que posiblemente corresponda una buena parte a la falta de ejercicio muscular, estimulante primordial del desarrollo del esqueleto.

### *Conclusiones.*

1.ª De todo lo expuesto resulta comprobado que ciertas circunstancias de las que constituyen el medio ambiente, ejercen

una acción indiscutible, tanto sobre el ritmo del crecimiento como sobre la talla definitiva. Estas circunstancias son: la actividad muscular, la alimentación, la latitud geográfica, la altitud, las condiciones de salubridad, el género de vida y la constitución geológica del suelo.

2.<sup>a</sup> La influencia del medio estará representada por la resultante de la acción de estos distintos factores, posiblemente combinada con algún otro u otros que todavía escapan a la observación de los expertos.

Y 3.<sup>a</sup> Dicha resultante no da el tipo de la talla, o, en otros términos, no dice que ésta deba ser alta, media o baja, sino que esto será dado por una nueva resultante que tenga por componentes el medio y la herencia, pues ésta ejerce una evidente influencia sobre la talla definitiva.

*Antonio Alonso Ríos.*

## El último conflicto en nuestro Centro

La cuestión de competencia surgida en el seno de la C. D. y que provocó la renuncia de la mesa directiva, ha quedado resuelta, después de varias asambleas muy movidas, con la renuncia de toda la C. D. y una nueva elección. Sin querer entrar en comentarios sobre las asambleas, queremos dejar constancia de una enseñanza evidente que ha quedado en la conciencia de todos los que han seguido el conflicto: nos referimos a la absoluta ineficacia de los actuales estatutos.

La nueva C. D., interpretando acertadamente este sentimiento general, ha nombrado, como primera providencia, una comisión para elaborar un proyecto de nuevos estatutos.

Esperemos que esta comisión haga «tabula rasa» con la letra y el espíritu de los viejos estatutos.

En nuestra opinión, lo que hace falta es dar a la mesa directiva, y sobre todo al presidente, la mayor autonomía posible para que pueda llevar adelante, sin trabas, sus iniciativas, cargando, naturalmente, también con toda la responsabilidad. El número de delegados debe ser reducido en mucho y el primer año no debe intervenir en las elecciones para la mesa directiva, a no ser que se quiera cambiar la fecha de las mismas. La dirección de la revista debe quedar en completa libertad de nombrar y remover sus colaboradores.

Que el sistema de la elección indirecta es absurdo lo ha demostrado de manera palpable, la última elección, al quedar empatada.

Y así podríamos seguir señalando defectos, los cuales, la comisión ya ha descubierto también seguramente.

Hacemos votos para que presente a la asamblea que se debe celebrar para la reforma, un proyecto bien estudiado que haga imposible en el futuro conflictos como el pasado y asegure al Centro una marcha tranquila y ascendente.

LA DIRECCIÓN.

## **El seminario de Sociología del doctor Ernesto Quesada**

Otro año universitario toca a su término. Constreñido por la premura del tiempo cada uno da fin a los trabajos que tiene entre manos a fin de quedar libre para dedicarse a otras tareas que le llaman con perentoria urgencia. La presentación de la obligatoria monografía es causa de más de una angustia. Sin embargo, como se trata de una sola, siempre es posible cumplir la tarea y... descansar.

No así para los alumnos del Seminario de Sociología del doctor Quesada. A la labor de seria investigación realizada durante todo el año para integrar el ciclo de estudios que nos propusiera nuestro profesor al empezar las clases, debemos agregar la lectura y discusión de los trabajos presentados.

No es pequeño compromiso formar parte de un curso de seminario; pero es la mejor oportunidad que se puede ofrecer al estudiante para realizar toda una serie de investigaciones serias y metódicas y una constante disciplina del carácter por la índole de los estudios y la severa crítica a que está sometida toda su obra.



Con el objeto de oír la lectura de los trabajos presentados nos hemos de reunir todavía algunas veces. Y como todas las veces que nos hemos reunido, se leerá un trabajo; oiremos la crítica del mismo hecha por los alumnos y las observaciones que el profesor creyese pertinentes para estimular al autor o dirigir nuestra atención a los puntos que sean susceptibles de ofrecer motivos para una mayor ampliación.

Y ha sido muy necesario el estímulo para seguir realizando esta tarea, voluntaria es cierto, pero que se hacía penosa por la labor previa de *adivinación* de las fuentes que nuestros estudios requerían (1).

No es posible que en un curso intensivo como el que deben realizar los alumnos de una Facultad en el breve período de algunos meses se espere que ellos solos reúnan la bibliografía, dispersa en distintas bibliotecas, la ordenen, clasifiquen y dispongan para utilizarla y estén al mismo tiempo haciendo la reconstrucción histórica, filosófica o sociológica que se les pide.

Y ese estímulo necesario ha venido también de otras fuentes: el sentimiento de estar realizando una obra provechosa para el propio adelantamiento intelectual; la excelente advertencia que es el conocimiento de verse fiscalizado de cerca por los demás compañeros que están realizando obra análoga y constantemente el ejemplo de lo que hacen los demás.

Tal ha sido el espíritu que ha imperado en el curso «privatissime» a que hemos tenido el privilegio de concurrir. Ha sido el desarrollo regular de una disciplina intelectual metódica. No obstante el estar sometidos a ella, cada uno hemos gozado de amplia autonomía para realizar las investigaciones siguiendo las modalidades de nuestro espíritu, pudiendo exponer con perfecta libertad lo que pudiéramos llamar nuestras conquistas científicas.

Y lo que habla muy alto en favor de este curso intensivo provechosísimo, es la superior voluntad de los alumnos para el trabajo personal y la seriedad e interés puramente inte-

---

Porque es perentoria la necesidad de crear una sección de información bibliográfica en la Facultad para que la eficacia de los cursos de investigación histórica, filosófica o sociológica no tengan que sufrir las desventajas que resultan siempre que se trabaja con material cuyo verdadero valor se desconoce.

lectuales que ha caracterizado la discusión de las monografías presentadas.

Si la pasión pudo caldear el ánimo alguna vez, siempre la exposición clara de los fundamentos de toda crítica serenó los espíritus y la observación del juez fué aceptada porque todos estábamos persuadidos de la sinceridad que la dictaba.

Respecto del asunto de nuestros estudios puedo decir que hemos asistido a la reorganización radical de un mundo viejo que al empuje de las tendencias y aspiraciones de la Europa poderosa, se rehacía paulatinamente para encajar en los nuevos moldes.

En la medida de lo posible hemos tratado de pensar como pensaban aquellas generaciones que fueron y el provecho que de esa actitud hemos derivado lo sentimos ya, porque las entendemos mejor.

Hemos procurado entender a los hombres del pasado y sin solidarizarnos con sus errores ni justificar los hechos que en nuestra conciencia condenamos, nos ha sido posible explicarnos por qué fueron tales como los conocemos.

Este curso puede decirse que ha echado las bases de una verdadera cultura americanista y aquellos que se sientan atraídos por estudios de esta índole podrán estar satisfechos de haberlos iniciado bajo tan favorables auspicios.

Los conquistadores y los conquistados desfilaron en rápida sucesión ante nuestra vista. Al través de los escritos de viajeros y cronistas han revivido las civilizaciones ya extinguidas y al golpe evocativo de la historia seminovelesca de edades ya pretéritas han vuelto a la vida aquellos sabios monarcas indios que supieron conducir a su pueblo con la alta eficiencia de los jefes de civilizaciones más adelantadas.

La leyenda que encierran los relatos de aquellas civilizaciones no nos ha ilusionado hasta el punto de hacernos olvidar que eran hombres de limitados conocimientos y de un temple moral incipiente.

Por eso, hemos visto surgir al lado de su relativa riqueza y prosperidad material el fantasma de su decadencia o pobreza espiritual.

Luces y sombras han alternado en contraste pronunciado en nuestro espíritu, formando lentamente y sin prejuicios que oscurecieran o brillantaran la visión de las cosas, el sedimento que ha de transformarse en un concepto apropiado de aquellas civilizaciones que florecieron en edades que son ya remotas para nosotros.

Los conquistadores también volvieron a la vida. Sus figuras ya consagradas por la leyenda y la historia de aventureros felices en su audacia sacudieron el polvo que cubre sus tumbas olvidadas por las nuevas generaciones para desfilar ante nosotros evocados con la pluma del investigador de su vida.

Aquella sociedad colonial, prodigiosamente atareada en someter un mundo recientemente descubierto, ha sido estudiada con el cariño con que vemos las cosas nuestras y que nos son caras: la sed insaciable de riquezas que dominaba a los conquistadores; el ciego fatalismo de los vencidos que soportaban su tutela; el valer espiritual de los guías que la España católica enviara a estas playas para coadyuvar en la conquista y dominación de los aborígenes; todo lo que significó movimiento de trascendencia vital en aquella sociedad naciente fué objeto de nuestra investigación paciente y laboriosa.

La piedad patriarcal de los buenos reyes españoles que sintieron su responsabilidad para con los indígenas a quienes consideraron «súbditos de la corona» pudo ser auscultada a través de las Leyes de Indias.

Su interés en el bienestar espiritual lo revelan las leyes para el desarrollo de la religión entre los indígenas. Su deseo de verlos instruirse con la sana lectura lo manifiestan la erección de algunas instituciones de enseñanza y la reglamentación del comercio de los libros que pasarán a América. Es decir, con el propósito de fomentar todo lo que creyeron bueno y útil para sus queridos súbditos lo legislaron todo sin dejar apenas espacio donde pudiera moverse la iniciativa individual.

Por ese motivo, la actividad de la sociedad hispano-americana estuvo muchas veces fuera de los límites que la ley marcaba...

Y al lado de la figura augusta de las Leyes de Indias aparecen las sombrías revelaciones del Padre Las Casas y las no menos notables Noticias Secretas de Ulloa. Ambas obras son el reverso de la medalla que las Leyes de Indias nos mostrarán. Son la tesis y la antítesis en sucesión constante. Son la luz y las tinieblas que se oponen eternamente.

Hemos asistido al proceso de la evolución constante que se inició con la llegada de los españoles a América y hemos estudiado en algunos momentos históricos la cristalización de esas tendencias que han dejado rastros profundos en la sociedad americana.

El estudio de la organización política y social, lo mismo que el estudio de la cultura con todos los fenómenos sociales que estos conceptos determinan han sido objeto de nuestra preocupación constante en este curso que pronto terminará.

Voy a cerrar esta ligera reseña de un curso único por muchos conceptos. Y lo hago bajo la impresión de haberme ocupado de una institución que si fuese extendida como tal a otros cursos de la Facultad no podría dejar de producir los benéficos resultados que se deben esperar siempre que se emprenda con tesón e inteligencia el estudio de las fecundas cuestiones sociales.

DEMETRIO ACOSTA.

## La sección de Geografía

Después de una larga gestación que arranca del año 1905 ha quedado, finalmente, organizada como nuevo agregado a nuestra Facultad la Sección de Geografía. Su instalación es, sin embargo, provisoria, pues sus gastos se cubren de un sobrante del presupuesto. Parece que se debió a la oposición en el Consejo Superior del profesor más desacreditado de nuestra casa que no se le asignó a la nueva sección una partida propia en el presupuesto.

Con todo, el director de la sección, el señor Félix Outea, lejos de desanimarse por el carácter precario que se dió a

ella, ha emprendido con toda energía los trabajos e investigaciones que se ha propuesto realizar con arreglo a un plan que nos parece excelente y del cual deberían tomar nota, sobre todo, los dirigentes de la Sección de Historia. En una nota bibliográfica referente a la primera publicación de la nueva sección un compañero nuestro le auspicia un halagüeño porvenir, basándose para ello en el desenvolvimiento de la Sección de Historia. Nosotros disentimos aquí con él, pues nos parece que la Sección de Historia ha dado un rumbo completamente equivocado a su labor, muy apreciable por otra parte, y nos felicitamos que el señor Outes piensa, según su programa, orientar la de su sección en un sentido muy distinto.

Dice en la advertencia que precede a la publicación arriba mencionada que las investigaciones «se formularán, siempre, sobre la pauta circunscrita y teniendo en cuenta la finalidad de los estudios que se realizan en la Facultad; vale decir, formarán parte integrante de su ambiente».

Ahí está implícita una crítica rotunda de la orientación de la Sección de Historia. Esta Sección está fuera del ambiente de la Facultad; está instalada en ella, como por casualidad, sin tener vinculación alguna con los estudios que se realizan en ella y sin prestar a los estudiantes la menor utilidad. Según una resolución del Consejo del 5 de Octubre de 1917, el director de la sección debería dictar un curso sobre «Fuentes para la historia americana y, en especial, argentina». No sabemos por qué causa esa resolución tan acertada no ha sido puesta en práctica. No podría haber sido más oportuno este curso, dado que, actualmente, el curso de metodología es dictado por un profesor de reconocida incapacidad. Se ha perdido, pues, una gran ocasión para que la sección preste verdadera utilidad a los estudiantes.

Otra ocasión para tender al mismo fin que debe ser el primordial para todas las instituciones de la Facultad, sería que la sección facilitara a los estudiantes la bibliografía para sus trabajos monográficos. Reconocemos gustosamente que el doctor Ravignani, particularmente, nos ha dado indicaciones a este respecto con toda gentileza, pero cuando el año pasado se pidió oficialmente, a la sección la bibliografía para los trabajos que iban a realizarse en el seminario de sociología, ésta

atendió el pedido en una forma por demás criticable; pues se concretó a indicar algunos libros que no hay persona medianamente instruída que no las haya leído, como la «Ciudad Indiana» p. ej. Y este año; a juzgar por un párrafo del artículo publicado en este número por nuestro compañero Acosta, las cosas no han mejorado.

La Sección de Historia no forma, pues, parte alguna del ambiente de la Facultad y no cumple el fin esencial de las instituciones universitarias: prestar utilidad directa o indirecta a los estudiantes, facilitándoles sus estudios. Decimos que no presta tampoco una utilidad indirecta porque sus publicaciones, en sí muy meritorias, tendrían valor únicamente para un estudiante que, por casualidad, tendría que hacer una investigación sobre algún tópicó contenido en ellas.

Había trabajos mucho más urgentes que realizar antes de la publicación de documentos, de interés, solamente, para estudios especiales — y volvamos aquí a nuestro asunto primitivo, exponiendo el plan de trabajo de la Sección de Geografía que, como ya hemos dicho, nos parece debería haber hecho suyo la Sección de Historia.

Según lo que nos ha manifestado su director tratará la sección de evitar el inútil desgaste a que podría conducirla una gestión precipitada, seducida acaso por el alto interés de proyectos llamativos hoy por hoy irrealizables — debido a carecer por el momento de recursos y no contar, tampoco, con el personal técnico profesional indispensable — procurará, en cambio, una aplicación discreta, pero permanente y uniforme de sus actividades y recursos actuales, que producirá a su debido tiempo resultados tangibles y de indiscutible utilidad práctica.

La Sección ha emprendido la compilación sistemática de la bibliografía y la preparación de la Regesta cartográfica de la República; trabajos, ambos, que constituyen, sin duda, el fundamento esencial de una labor seriamente concebida. Estas investigaciones minuciosas se hallan bastante adelantadas.

Haciendo aquí otro paréntesis, creemos inútil señalar la enorme utilidad que hubiera prestado la Sección de Historia a los estudiantes, y a todos los aficionados a las investigaciones históricas, si hubiera iniciado sus tareas con una compi-

lación sistemática de la bibliografía histórica americana. No nos escapa la magnitud de esta tarea que hubiera significado años de intensa y anónima labor, pero esta labor hubiera quedado compensada ampliamente por la incalculable utilidad que la compilación hubiera representado para los estudiosos.

Y seguimos con el programa de la Sección de Geografía. Sobre su publicación N° 1 insertamos en otro lugar una nota bibliográfica de nuestro compañero Ardissonc. En los primeros meses del año publicará, como N° 2, una extensa memoria del conocido paleogeógrafo y geólogo doctor Guido Bonarelli, sobre batimetría del litoral atlántico argentino comprendido entre los 39° y 53° de latitud sur, en la cual realiza interesantes constataciones no solo en cuanto se refiere al relieve, en sí mismo, de la plataforma continental, sino también a propósito de las relaciones que ésta ofrece con la masa emergida próxima. Dicha memoria se halla complementada por una serie de observaciones de zoogeografía que evidencian la influencia ejercida por el relieve submarino estudiado sobre la dispersión y el desplazamiento de los elementos que constituyen la fauna litoral.

La sección prepara, asimismo, otras tres memorias: una de ellas, sobre interpretación de la hipsometría del territorio de la República; otra, sobre la geografía de la alimentación en nuestro país; y, por último, la tercera, sobre el origen y desarrollo de la toponimia bonaerense en el curso de los siglos XVI y XVII.

La sección ha comenzado a ejercer desde ahora, con los medios de que dispone, una doble función: de contralor sobre la producción geográfica de carácter didáctico, y consultiva en cuantos asuntos quieran someterle a su juicio, no solo los alumnos, sino también las personas extrañas a la Facultad.

Esto es el programa de la nueva sección de nuestra Facultad. Nos resta, solamente, felicitar al señor Outes por la acertada orientación que le ha impreso y esperamos que le sea posible realizar su programa en todas sus partes.

Y a la Sección de Historia le recomendamos revisar su plan de acción en un sentido análogo, para hacerse en reali-

dad una sección de nuestra Facultad. Pues, hoy por hoy, creemos que estaría mucho más en su lugar como un anexo al Museo Histórico Nacional, p. ej.

La hora actual en nuestra facultad, como en toda la Universidad, es de renovación y revisión. Hacemos votos para que la Sección de Historia la aproveche acertadamente.

LA DIRECCIÓN.



## ¿Unde illae irae?

---

Nuestra Facultad puede estar orgullosa; porque si el tener muchos enemigos es señal de valer, ella vale mucho, muchísimo.

No dejan sus enemigos pasar ocasión que se les presente para aplicarle un porrazo.

Hoy aprovechan la crítica de un libelo desgraciado para condenar de cabo a rabo la labor que se realiza en ella. Mañana pintan con tintos sombríos el ambiente de «Una Facultad» (El Hogar, N.º 473) y como ilustración va — como no ha de ir! — una fotografía de nuestra Facultad. Y pasado mañana habla un diario (La Unión, octubre 25) de Economías inoportunas en el presupuesto y al condenar, con justa razón, la actitud de la comisión de presupuesto al proponer la disminución del subsidio que el gobierno nacional acuerda a las universidades, encuentra la oportunidad de aplicar el consabido porrazo.

«Sería, — reza el aludido artículo — una equivocación inadmisiblemente, consecuencia de un falso concepto sobre la función que debe asignarse a las aulas de estudios superiores, impugnar una facultad porque no puede descubrirse de inmediato un vasto campo de actividad profesional para sus graduados; las universidades deben, además, de formar profesionales aptos para cobrar tanto por proyectos o consultas científicamente concebidos, o evacuadas, educar mentalidades capaces de orientar al país en los múltiples aspectos de su marcha progresiva.»

Seguramente piensas, lector ingenuo, que se trata de nuestra Facultad. Pues, estás muy equivocado.

«Y, en ese terreno, continúa, la Facultad de Ciencias Económicas debe ser en la vida moderna lo que la de Filosofía y Letras era en las épocas del humanismo clásico, admitiendo, desde luego, que la labor de los economistas y técnicos de las finanzas ha de ser más útil y provechosa que las especulaciones de los escolásticos y de los metafísicos.»

¡Debe ser un pozo de ignorancia el autor de este suelto! ¡Y pensar que tiene tantos congéneres!

J. P.

## BIBLIOGRAFIA

### LA GEOGRAFIA EN NUESTRA FACULTAD

OUTES (Félix F.). — 1917. — Notas para el estudio de la geografía histórica rioplatense. La Matanza y el río de los Querandíes. — Buenos Aires, "Facultad de Filos. y Letras", Publicaciones de la Sección de Geografía, núm. 1. — 1 vol., in 8.º (26 x 16.5 cm.); IV-50 p.; 15 m. facsim., en t., rúst.

La geografía histórica rioplatense presenta varios problemas cuya solución han intentado algunos investigadores bastante hábiles, mientras que otros estudiosos han embrollado aún más el asunto por falta de pericia o por carencia de documentación y elementos de juicio. Los puntos a dilucidar se refieren a la ubicación exacta de alguna población abandonada poco después de ser fundada por los escasos conquistadores; no se trata de desenterrar ninguna Nínive, no es asunto de buscar el asiento de la capital de algún vasto imperio; pero, las incógnitas que se trata de despejar merecen la pena de dedicarles ciertos esfuerzos. Más numerosos son los problemas de toponimia, porque grande ha sido siempre el número de variantes sufridas por las denominaciones locales; muy pocas veces se ha procedido con método y con tino al bautizar poblaciones y accidentes del suelo, muy pocas veces se han tenido escrúpulos al cambiar los nombres, siendo posible también el caso de bautizar varias veces un mismo lugar, sin tener conocimiento acabado de lo realizado por las expediciones anteriores.

Ocupase el señor Félix F. Outes en dilucidar la ubicación de La Matanza, explicar, si fuera posible, el origen de esa designación, ya perdida, de nuestra vieja toponimia; e identificar y fijar, al propio tiempo, la posición geográfica del río de los Querandíes..." (pág. 3). Con lujo de información documentaria y cartográfica y con argumentación lógica y hábil, llega el autor a demostrar acabadamente los puntos cuya aclaración se había propuesto.

La denominación "La Matanza" encuéntrase en muchos mapas del siglo XVIII, hasta desaparecer hacia fines de este siglo. En cuanto a su ubicación, dice el autor:

"La Matanza, pues, estaba situada — como lo afirma Diego de Alvear — sobre el río Paraná, una legua al norte del arroyo Pavón... Según un contemporáneo fidedigno, La Matanza era un "bajo"; una

de las depresiones — agregaré — que suele ofrecer la orilla bonaerense y santafecina con el Paraná inferior, entre el veril de los sitios barrancos que limitan por ese lado el valle del río y los anegadizos ribereños. Justamente, la porción lateral que se extiende al noroeste de "la actual Villa Constitución, desde la desembocadura del arroyo Pavón hasta poco menos de un kilómetro antes de llegar a la del arroyo Seco, ofrece tales caracteres. Es un amplio trapezoide de casi cinco kilómetros de base, sobre la "orzada" de Montiel, por otros tantos de altura, que luego se estrecha, por espacio de ocho kilómetros, en forma de faja ribereña de 500 a 300 metros de anchura" (pág. 16, 17).

La designación toponímica "La Mataza", en opinión del autor, se halla vinculada a las rudas faenas campesinas que se desarrollaron tanto a partir de fines del siglo XVI, como lo comprueba el número de permisos otorgados para sacrificar el ganado alzado que cubría las lomas. El sitio antedicho mereció tal denominación porque se prestó admirablemente para esas tareas (pág. 21, 25).

En cuanto al punto investigado, llega a la conclusión de que el río de los Querandíes, cuya designación se remonta al viaje de Caboto, para desaparecer de los mapas al terminar el siglo XVI, y presenta varias grafías (quirandos, p. degrandis, quiarandis, Carandias, etc.) "... debe identificarse con el actual Arrecifes" (pág. 49).

Esta publicación es un modelo de investigación, al acopio de datos que el mérito de saber aprovechar hábilmente cuánta noticia existe intrínseca, ya enunciados, tiene precisamente el mérito extrínseco de servir como singular prospecto de la flamante Sección de Geografía que está organizándose en nuestra Casa.

Desde hace tiempo se sentía la necesidad de creación de una Sección geográfica que se propusiera estudiar seriamente el suelo nacional y proporcionar los elementos de estudio suficientes para la cátedra universitaria así como para la secundaria. En el campo geográfico no es pesimismo excesivo el afirmar que la Argentina tiene poco o nada que merezca llamarse de serio y de exacto: abundan, por cierto, las obras descriptivas, las impresiones de viaje recogidas desde la ventanilla del tren, pero falta la obra de aliento, falta la investigación "in situ" que solucione los problemas planteados desde hace años o encuentre otros aún no denunciados. Exceptuando las pocas obras ya clásicas, no existen sino los trabajos de carácter estrictamente geográficos debidos a Denis, Kühn, Delachaux y varios otros estudiosos. Estamos frente a un hecho curioso: los libros de texto son la reducción de los libros de mayor mole y éstos son la ampliación de los textos: en unas y otras obras no varía más que el número de palabras empleadas (como la escala en los mapas), el plan es el mismo y responde siempre a un criterio descriptivo anticuado; están hechos a imagen y semejanza unos de otros.

Hasta ahora la Sección no tiene plan de trabajo definido, pero está

empeñada en una tarea bastante ardua: inventariar la literatura geográfica nacional; esto no es fácil como parece, porque involucra el problema de la delimitación del campo asignado a la geografía; difícilmente se encontrará otra disciplina de fronteras tan disecuidas como las de ésta; más de una vez se la acusa de invadir el campo de sus vecinas y viceversa; por lo tanto, si no se procede con tino se corre el riesgo de pecar por defecto o por exceso, extremos ambos condenables.

Como el Instituto Geográfico duerme desde hace años, mucho se espera de esta Sección, y si juzgando por analogía, nos fijamos en lo realizado por la Sección de Historia, afirmamos desde ahora que las esperanzas no serán defraudadas.

R. ARDISSONE

1. *Causas criminales sobre intentada independencia en el Plata (1805-1809)* 1 vol. in-4º de 112 pág. Bs. As. 1917 (ex Anales de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales. 3ª serie, III).

2. *Iniciación de la vida pública de Mariano Moreno.* 1 vol. in-4º de 57 pág. Bs. As. 1917 (ex Anales de la Facultad de Derecho. 3ª serie, III).

Sea cual fuere la causa, es lo cierto que se nota entre los estudiosos de nuestra historia una marcada polarización de los mejores esfuerzos hacia el estudio de los tiempos coloniales.

En verdad no hay en ello sino motivo de contento ya que es cierta la afirmación de Estrada que García puso a modo de lema en su «Ciudad Indiana»: «si conociéramos a fondo todos los fenómenos de la sociedad colonial, habríamos resuelto las tres cuartas partes de los problemas que nos agobian.» Tomada en general, la historia, con su ciencia abstracta correspondiente, la sociología, tiene la enorme importancia de ser aquella a que recurre la ciencia política — expresión científica de leyes, a que la política arte, (o concreta) pide (debiera pedir) reglas prácticas — en la persecución de sus principios.

Esta importancia general de la historia, se acrecienta para el estudio de nuestra historia, desde dos puntos de vista, uno positivo y otro negativo. García ha expresado en el prólogo de la obra citada la primera: «el país acepta gustoso la moneda fiduciaria porque siempre ha vivido bajo ese régimen; que su poder ejecutivo es fuerte y poderoso, porque desde su primer gobernador, a fines del siglo XVI, todos tuvieron mano dura; que el desprestigio de los viejos Cabildos coloniales ha influido en el papel político de los congresos: mostrarle los antecedentes políticos y económicos que han formado nuestras instituciones eriollos a pesar de sus rótulos yanquis; a pesar de que se crea a pie firme que existe una ciencia constitucional independiente de la sociología argentina, cuyas fuentes se encuentran en los legistas norteamericanos».

Los redactores de la Revista del Río de la Plata expresaron en el

prospecto que la precedió análogas ideas, respecto a esa importancia, pero por opuestas razones: para ellos «la historia colonial no ofrece sino una enseñanza negativa, si así puede denominarse: para ellos las leyes de Indias, los actos del gobierno peninsular, la acción del culto oficial como elemento civilizado, hacen el mismo papel para el estudioso, que los bajos arceifes demarcados en las cartas marítimas, para los que surcan los océanos. El empeño de dar a conocer hasta en sus menores ápices... aquella civilización... tiene por objeto radicar la idea de que el progreso de la América independiente estriba en desasirse como de una ligadura vejatoria y opresiva, de las tradiciones que inculcó en sus entrañas el sistema colonial calcado con la más exquisita habilidad para mantener los pueblos consultados en estado pueril por medio de las creencias, de la enseñanza, de las restricciones al comercio, talladas y amoldadas al fatal propósito a que puso término la emancipación...».

Sería inoportuno dilucidar quién tiene razón y en qué medida la tienen: admitamos provisoriamente que todas las enseñanzas históricas, encierran una enseñanza negativa y otra positiva, tan importante la una como la otra.

\*

Cien nombres de historiadores de la época colonial podrían citarse en el siglo pasado: bastaría recorrer las revistas de V. G. Quesada o la de Lamas para hallarlos por docenas. Con los inconvenientes que acompañan a los comienzos de una tarea, alguna parte debe ser rectificada: ello no amengua el mérito de los precursores. En los últimos años algunos investigadores jóvenes háuse dado a investigar, de acuerdo con las reglas de la metodología histórica, nuestro pasado colonial. A ese grupo pertenece Ricardo Level, cuyos trabajos, si pueden a las veces ofrecer tal o cual lunar, no merecen sino respeto y admiración, lamentando únicamente que la precipitación o el afán de publicación le haga incurrir en involuntarias trocatusas. Pero — y esto debieran tenerlo en cuenta todos — peor proceden los que no hacen nada, o destruyen lo que otros hacen...

\*

Desconociendo nosotros los asuntos que trata Levene en estos folletos, nos limitaremos a dar de ellos noticia, resumiendo sus asuntos.

El primero puede ser resumido así: 1. La mentalidad colonial a fines del siglo XVIII. 2. Las versiones de 1805. 3. Las causas contra Rodríguez Peña y Paroissien y contra Alzaga. 4. El amago de emancipación bajo el protectorado inglés. 5. Las negociaciones con Portugal. 6. Denuncia de la Carlota. 7. Pueyrredón y los trabajos de los patriotas residentes en E. Unidos y Brasil. Cisneros y su mando. 8. En los primeros días de Mayo. 9. Apéndice de documentos inéditos.

En cuanto al segundo está precedido del siguiente sumario:

Los estudios universitarios de Moreno. — El medio alto-peruano. — La Academia Carolina. — La visión de Potosí. — La Mita. — Francisco de Paula Sanz. — Una figura apostólica: Victoriano de Villava. —

Influencia de Villava en la educación de Moreno. — Pedro Vicente Cañete: tipo del americano puesto al servicio de los déspotas. — Un nuevo trabajo de Moreno: *Disertación jurídica sobre el servicio personal de los indios*. Los indios mitas y los yanacunas. — El régimen de explotación del indio juzgado por Moreno en 1802. — La nueva mita concedida a Luis Orueta: una gran controversia entre Villava y Paula Sanz. — El drama revolucionario comenzó entre ellos mismos. — Iniciación de la vida pública de Mariano Moreno, con su *Disertación doctoral*. — La causa del indio y la Revolución de 1810.

NARCISO BINAYÁN.

PATAGONIA. — Resultados de las Expediciones realizadas en 1910 a 1916. Editado por la Sociedad Científica Alemana.

Entre las escasas obras geográficas sobre nuestro país de verdadero mérito ocupa esta reciente publicación de la Sociedad Científica Alemana, sin duda, un puesto de honor, tanto por su selecto y bien sistemático contenido como por su presentación magnífica. La Sociedad Científica Alemana que tiene como uno de sus más importantes propósitos el de «fomentar el conocimiento de la República Argentina», fin al cual dedica con preferencia también su revista bimensual, ha contribuido con esta publicación eficazmente al progreso de la geografía argentina.

En lugar de comentario propio transcribiremos las palabras con las cuales cierra el señor Cristóbal M. Hicken su prólogo que precede a la obra: «Debe para los que ofician en el templo del saber, ser motivo de gratas emociones la lectura de los capítulos que siguen, escritos por pontífices de la ciencia y que depositan ahora sus investigaciones realizadas entre penurias y sacrificios, sin ambiciones personales ni terrenas, sobre el altar de la patria, como un homenaje científico ofrendado en su reciente centenario y como prenda segura de gratitud, admiración y respeto».

El libro está dividido en tres partes principales:

En la *primera* parte trata el señor F. Reichert de la Cordillera Patagónica Septentrional y en la segunda expone el mismo autor los resultados geográfico-geológicos de la expedición de la «Comisión Flora Argentina» a las regiones andinas de la Patagonia austral.

La *tercera* y principal parte contiene los resultados de la expedición organizada por la Sociedad Científica Alemana a las regiones inexploradas de la Cordillera entre los lagos Viedma y San Martín y el Océano Pacífico. Consta de los siguientes capítulos:

I. La organización de la expedición y su relato, por el doctor L. Witte.

II. Bosquejo fisiográfico de la Cordillera Patagónica Austral en la región del Lago Viedma, por el doctor F. Kuehn.

III. La geología de la región del Lago Viedma, por el doctor L. Witte.

IV. La travesía de la Cordillera, por A. Koelliker.

V. Consideraciones económicas sobre la Patagonia Austral, especialmente sobre la zona andina, por el doctor L. Witte.

Concluye la obra con un apéndice, en el cual analiza el doctor Reichert las materias primas minerales y vegetales que se encuentran en la Patagonia.—J. P.

*La evolución de las ideas argentinas.* — La revolución, libro 1, un vol. de 544 páginas, por José Ingenieros.

Con la obra que acaba de aparecer del infatigable y fecundo autor argentino, nuestra historia recorre todas las direcciones criteriológicas. Púe apologética, con Mitre; didáctica, con López, biológica, con Ramos Mejía; sociológica, con García; religiosa, con Estrada; irreligiosa, con Granada; patriótica, con Pelliza; aparte de otros puntos de vista, en que la han encarado Quesada (padre e hijo), Groussac, Peña o de Vedia.

El autor que ha tenido el buen tino de seleccionar las fuentes bibliográficas, ha organizado un libro, que ha de ser, aun para los entendidos, obligada fuente de consulta.

Eserito en un estilo elegante, y de buen gusto estético, hace doblemente agradable su lectura, ya cuando se refiere a la mentalidad colonial, al enciclopedismo y la revolución, a las dos filosofías políticas, a la asamblea revolucionaria, al congreso reaccionario o a la reforma, títulos que comprenden las subdivisiones de la obra.

No se trata de una investigación monográfica o de rectificación histórica, como pudieran hacerla Torres Ravegnani, Carbia o Molinari, sino de una revisión ideológica de los distintos períodos históricos, apreciados en sus consecuencias filosóficas.

La presente obra, cuyo comentario exigiría varias páginas, es algo más que un «brevario de moral cívica», es la condensación de las manifestaciones de la mentalidad argentina en los hitos culminantes de su historia.

Próximamente aparecerá el segundo libro, titulado «La restauración», continuación de éste, y luego un tercero: «La organización». «En cada uno — sirviéndole de cañamazo la historia — el autor expone lo que sabe acerca de las ideas en lucha: políticas, sociales, religiosas, filosóficas, educacionales, de su genealogía, de sus hombres representativos, de su función militante, de sus correlaciones invisibles. Algunos juicios no son los corrientes, ni podrían serlo; lo que ocurre sobre el tablado no es igual para quien admira los títeres y par ael que observa los hilos».

Termina el doctor Ingenieros su Advertencia con estas palabras: «Debe el autor a «su público» una última declaración, que es casi una despedida. Con la presente obra, pensada mucho tiempo y terminada en las vacaciones de 1917, terminan sus libros de juventud, palabra que no puede ya pronunciarse llegando a los cuarenta años».

«En el tiempo de lucidez que aun le reste, se propone elaborar su último libro, conforme a un plan ya pensado. Para ello le sería grato conservar uno o dos lustros de vigor intelectual, antes de esperar descan-

sadamente la otra despedida, con la serenidad del que ha dado a su patria el máximo de esfuerzo que le debe un ciudadano».

C. M.

*Themis*. — Órgano del Centro de Estudiantes de Derecho y Ciencias Sociales. Año XI. Número 70.

Gonzalo Muñoz Montoro, el nuevo Director de la Revista del Centro de Estudiantes de Derecho y Ciencias Sociales al dar a ésta un nuevo nombre — «Themis» — ha cambiado también por completo la orientación que hasta hoy ha tenido. Abandona la unilateralidad de la especialización. «No le molesta, dice, la crítica sincera de quienes entienden que nuestra revista debiera ser así como unos anales jurídicos destinados exclusivamente a llenar los fines unilaterales de nuestra especialidad científica, práctica arraigada en todo nuestro periodismo universitario».

En consecuencia, divide la Revista en 6 secciones; una de «Artículos jurídicos o de ciencias sociales, preferentemente de profesores o tratadistas, sobre temas de actualidad y problemas que no estén resueltos definitivamente en los libros; otra de «Legislación, Jurisprudencia y Administración», en la que serán comentados, preferentemente por alumnos, las leyes, fallos o decretos de interés general, o especial para éstos; una tercera «Vida Americana» en que se procurará reflejar por medio de crónicas y notas breves, y en ciertos casos estudios detenidos, los acontecimientos jurídicos y sociales de nuestro continente, y en general todo aquello que propenda al acercamiento inter-americano y a una relativa uniformidad de cultura continental; la cuarta, titulada «Vida Nacional y Universitaria» en la que por medio de notas, crónicas y anotaciones, se mantenga un interés de actualidad por todos los sucesos del país, ante los que no puede permanecer indiferente la juventud universitaria; otra sección de «Bibliografía y Revista de Revistas» concordante con la anterior y en la que se procurará la mayor información posible sobre la producción de esta naturaleza; y por último una sección «Oficial».

Contiene el primer número de «Themis» una crónica muy interesante del Congreso de Córdoba, escrita por Walter Elena, y que ha sido publicada en folleto aparte. Tanto este folleto como el suplemento de Themis N° 2 están en venta en nuestro Centro al precio de \$ 0.30 para los socios.

*Estudios*, Año VIII, N° 88.

Contiene un artículo del señor Juan Planella «Hacia el gentilismo y más allá» en el cual trata dicho señor, inspirado por el monumento «Aurora en la plaza Rodríguez Peña, el problema del «desnudo en el arte» con un criterio tan estrecho y ridículo, tan lleno de una falsa «prudencia» que sobran los comentarios. Seguramente este señor es, como antaño San Jerónimo, también enemigo declarado de los baños por los pensamientos pecaminosos que podrían sugerir! Oh, santa simplicitas!

*Revista del Banco Hipotecario Nacional*. — N° 6. Octubre de 1918.



*La Raza como Ideal.* — Conferencia dada en el Rosario de Santa Fe en el Día de la Raza por el doctor Rodolfo Rivarola.

*Helios*, año I, núm. 4.

*Revista del Centro Estudiantes de Ciencias de la Educación*, año I, vol. 1, núm. 2, La Plata.

*Augusta*, vol. 1, núm. 5.

Zeitschrift des Deutschen Wissenschaftlichen Vereins, N<sup>o</sup> 4.

## SECCION OFICIAL

### El Centro de Estudiantes de Filosofía y Letras

Hase solucionado, después de una serie de agitadas asambleas, el conflicto que puso en condiciones anormales, la marcha del Centro de Estudiantes de Filosofía y Letras.

Las nuevas autoridades han iniciado las tareas con manifiesto entusiasmo, lo que permite esperar resultados altamente satisfactorios.

La ceremonia de la transmisión del mando efectuóse con asistencia del señor Decano y de numerosos alumnos. El señor Francisco Camaño, que fuera nombrado presidente provisional, después de la renuncia del señor Cuccaro, bosquejó la labor realizada, y puso de manifiesto la importancia de la obra que corresponde a la nueva comisión. A su vez, el señor Manuel Lapido, al recibir el mando, expresó el deseo de elevar el Centro a la altura que le corresponde, para lo cual se propone realizar un vasto programa de trabajo.

Restituída la calma al espíritu de todos, se espera la confirmación de tan laudables propósitos, confiando en la inteligente laboriosidad de la actual Comisión Directiva.

C. B.

### Nuestro próximo número

El próximo número será dedicado a la reforma universitaria y a la renovación de las autoridades de nuestra Facultad. Por esta razón omitimos hoy todo comentario al respecto.

### Actas del Centro

SESION DEL 16 AGOSTO 1918

*Presidencia Camaño*

Presentes: Caballer, Semasco, Ardissone, Bonaldi, Camaño, Ferrario, Viacava, Saint Martin.

Ausentes: Piñero, Jarcho.

—Se aceptan las renunciaciones del secretario de Notas señor Demetrio Acosta y del Administrador de la Revista «Verbum» señor Oreste D. Confalonieri.

—Se resuelve redactar un informe explicativo del conflicto suscitado en la C. D. y se acuerda hacerlo imprimir.

## SESION DEL 29 AGOSTO 1918

### *Presidencia Camaño*

Presentes: Camaño, Jarchó, Caballer, Ferrario, Ardissonne, Piñero, Semasco, Viacava.

Ausente con aviso: Saint Martin.

—Se acusa recibo de la resolución de la asamblea por la que se invita a los miembros de la C. D. de presentar las renunciaciones de sus cargos.

—Se resuelve no aceptar la invitación y permanecer en los respectivos puestos.

—Se fija el 11 de Septiembre para que se efectúen las elecciones generales.

## SESION ORDINARIA OCTUBRE 15 DE 1918

### *Presidencia Lápido*

Presentes: Lápido, Cassinelli, Ardissonne, Halperin, Rodriguez, De Domo, Formisano, Bergara, Rios, Suarez Anzorena.

—El Director de la Revista, señor Probet, solicita se realice la publicación, resuelta, de la obra del Dr. Horacio G. Piñero, tirándose 500 ejemplares de los cuales el Centro se hará cargo de 250. Se discute y aprueba.

Queda fijado como precio de venta para los socios 2 \$<sup>m. n.</sup>

—Por secretaría se dá lectura a una nota en que el señor Narciso Binayán solicita se reconsidere la resolución de la Comisión Directiva en que se resolvió su exoneración. Se devuelve la nota indicando se solicite ser readmitido.

NOTA de la dirección:—A pesar de numerosas y reiteradas insistencias no hemos podido conseguir las actas de las asambleas, ni tampoco de algunas sesiones de la C. D.

## SOCIOS PROTECTORES

- |                              |                                  |
|------------------------------|----------------------------------|
| Dr. Anargyros, Pastor.       | Dr. Matienzo, José N.            |
| Dr. Cabral, Jorge.           | Dr. Matienzo, Agustín N.         |
| Dr. Capello, Francisco.      | Dr. Moliné, Anibal.              |
| Dr. Carbia, Rómulo D.        | Dr. Morel, Camilo.               |
| Dr. Cramwell, Ricardo E.     | Dr. Moreno, Julio del C.         |
| Dr. Debenedetti, Salvador.   | Dr. Nierenstein, Mauricio.       |
| Dr. Delleplane, Antonio.     | Dr. Obligado, Rafael.            |
| Dr. Garay, Juan Carlos.      | Dr. Outes, Félix.                |
| Dr. Garza, Juan Agustín.     | Dr. Oyuela, Calixto.             |
| Dr. Giménez Pastor, Arturo.  | Dr. Piñero, Horacio.             |
| Dr. Ibaguren, Carlos.        | Dr. Piñero, Norberto.            |
| Dr. Ingenieros, José.        | Dr. Quesada, Ernesto.            |
| Dr. Juliáñez, Héctor.        | Dr. Ravignani, Emilio.           |
| Dr. Korn, Alejandro.         | Dr. R. Ivarola, Horacio C.       |
| Dr. Lafone Quevedo, Samuel.  | Dr. Rivarola, Rodolfo.           |
| Dr. Lederer, Julio.          | Dr. Rodríguez Etchart, Carlos.   |
| Dr. Levene, Ricardo.         | Sr. Rojas, Ricardo.              |
| Dr. Lehmann-Nitsche, Robert. | Dr. Senet, Rodolfo.              |
| Dr. Martini, Rómulo E.       | Dr. Valle Iberlucea, Enrique del |
| Dr. Maupas, Leopoldo.        | Dr. Wechsler, Teófilo.           |

## SOCIOS ACTIVOS

- |                          |                           |
|--------------------------|---------------------------|
| Acosta, Demetrio.        | Caballer, Ada Ofelia.     |
| Acosta, Clara Lydia.     | Camacho, Francisco.       |
| Acquafresca, Fanny.      | Carbone, Amelia.          |
| Aicardi, Emilio E.       | Capelas, Andrés C.        |
| Alberini, Coriolano.     | Carmodi, Zulema R.        |
| Almeida, Pedro.          | Carratalá, Rogelio B.     |
| Alonso Ríos, Antonio.    | Casares, Tomás D.         |
| Alzú, Juana.             | Cassani, Dolinda.         |
| Antónori Silva, Analia.  | Cassinelli, Juan M.       |
| Apaolito, Francisco de.  | Clara, Dolores M.         |
| Araujo, Rolando Ed.      | Coda, Josefina.           |
| Ardissoni, Rómualdo.     | Confalonieri, Orestes D.  |
| Arrizabalaga, María M.   | Conrado, Raúl.            |
| Azeoga, Eufogia.         | Capello, Amelia C.        |
| Baima, Margarita.        | Coppola, Norberto C.      |
| Balán, Celina.           | Conejo, Sandalia.         |
| Baranchur, Marcos.       | Cosa, Luisa.              |
| Barni, Alberto.          | Coertade, Ida S.          |
| Belausteguigoitia, L. M. | Crivelli, Arnaldo.        |
| Benitez, Soledad P.      | Cúccaro, Jacinto J.       |
| Bengara, Dolores M.      | Cúneo (hijo), Santiago.   |
| Bergmann, Rosa.          | Candelas, Juan.           |
| Bermann, Gregorio.       | Dantas Lacombe, Mercedes. |
| Bertolino, Angela.       | De Alberti, David.        |
| Bédone, Humberto.        | De Diego, Rafael.         |
| Bistoni, Clara.          | De Girolamo, José V.      |
| Blanco, Beatriz.         | Decouvette, Lydia.        |
| Bogliolo, Carlos.        | Dedomo, María Teresa.     |
| Bomchi, Esther.          | Deseo, Emilia.            |
| Bomichil, Olga Perla.    | Deynonnas, Esther A.      |
| Bonardi, Silvio E.       | Diard, Inés G.            |
| Bonet, Carmelo.          | Díaz Bazán, María Lydia.  |
| Bontempi, Luis.          | Dondero, Irene.           |
| Bossi, Anita.            | Doughi, Renata.           |
| Boure, María Angélica.   | Dujovne, León.            |
| Breganti, Odilia.        | Eiras, María Luisa.       |
| Brizuela, Concepción.    | Elicabe, María L. H. de.  |
| Bruno, Esteban.          |                           |

Falcón, Luis.  
Fernández, Carmen.  
Fernández, Armida.  
Fernández, Teógenes.  
Ferrario, Angel.  
Figueredo, María Esther.  
Figueroa, Julia.  
Fleury, Estanislao.  
Formade, María G.  
Formisano, Dolores A.  
Francois, Enrique.  
Gadea, Leonor.  
García, Leonor.  
García, Dolores.  
Genard, Lola.  
Gil Esquerdo F.  
Gil Montero, Rosendo.  
Girard, Eulalia M.  
Goldney Clifton, Gregorio.  
González Videla, Angela.  
González, María Teresa.  
González, C. A. Melitón.  
Gujerero, Luis Juan.  
Gozzi, María Esther.  
Halperin, Gregorio.  
Hamnewahr, Rosalía E.  
Herzovich, Eugenia.  
Hovia, Paul, Consuelo.  
Ibarra, Ana L.  
Joseph, Octavia.  
Joyer, Anselmo.  
Juliano, Nicolás.  
Lapido, Manuel.  
Lasca, Virgilio A.  
Lourencena, Dora.  
Lourencena, Irene.  
Lavelli, Artemia V.  
Leibovich, Alejandro.  
Lilstar, Néctor.  
López, María Angélica.  
López, Sara.  
Louzan, Manuela C.  
Luther, Ana.  
Maggioli, Adua.  
Magnanini, Luis.  
Madriera, Joaquín.  
Mallet, Rosalía C. M.  
Mannlis, Isaac.  
Maradona, Clemente.  
Martín, Gaspar.  
Martínez Furque, A. P. de.  
Meletta, Dominga.  
Matharán, Luis.  
Mendilaharsu, Arturo.  
Merlini, Enrique O.  
Mitsmón, Orlando L.  
Morán, Celia.  
Mouriño, Helena.  
Mouzot, Teresa.  
Moyano, Osmán.  
Muller, Clara von.  
Noriega, María E.  
Olguín, Dora P.  
Olivera Dugour, Ernesto.

Olivero, Jorgue.  
Ospital, Julia.  
Otegui, Isabel.  
Palacio, Ernesto.  
Palcos, Alberto.  
Pariente, Celestina.  
Paulsen, Emma Luisa.  
Pelosi, Antonio.  
Peralta, Santiago.  
Pereyra, Santiago.  
Pessolano, B. Ventura.  
Pérez, Eva España.  
Piccolo, Josefina.  
Pierrini, Josefa.  
Piñero, José E.  
Pita, Lola.  
Probst, Juan.  
Puig, Antonia.  
Rachoulet, Magdalena.  
Ramírez, Clotilde.  
Reyldó, Ruth Raquel.  
Rivota, Celia.  
Rodríguez, Ernesto de.  
Rodríguez, María I. M. de.  
Rodríguez, Rafael.  
Rohde Jorge.  
Ronde, Jorge.  
Rejas, María Pastora.  
Romariz Elizalde, Alberto.  
Roncoroni, Ana.  
Ross, Bremner.  
Sáenz Samaniego, Agustín.  
Saint Martín, Ernestina.  
Salhá, María Isabel.  
Schneider, Mauricio.  
Sejeán, José.  
Semasco, Elina von.  
Serid Brantua, Pedro B.  
Sol, Raquel.  
Sotelo, Ernestina.  
Soubié, Emilia.  
Spivack, Aaron.  
Suárez Anzorena, Carlos.  
Suárez, Helena.  
Susini, Sara.  
Tacchi, Aurelia.  
Tarsia, Arnaldo.  
Uzal, Della.  
Varela, Concepción.  
Valerga, Ricardo M.  
Veyga (hijo), Francisco de.  
Viacava, Juan.  
Viacava, Zulema.  
Villamiel, César A.  
Villar, Lydia.  
Villar, Lydia.  
Villegas, María Alcira.  
Viscargüenaga, María I.  
Wien, Brunhilda.  
Wilkinson, A.  
Yantorno, Haydés.  
Yarcho, Isabel.  
Zavalía, María Josefina.



Dr. ALEJANDRO KORN  
Decano de la Facultad de Filosofía y Letras